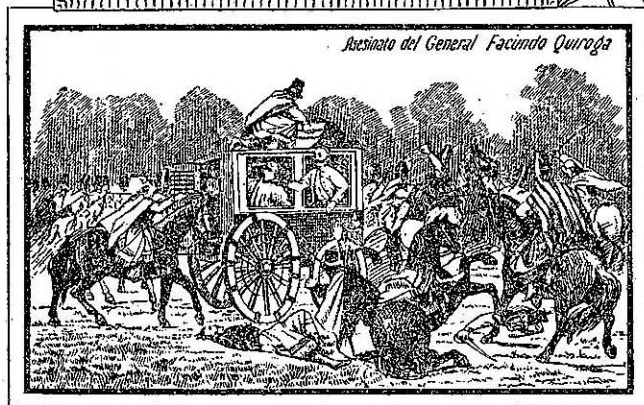
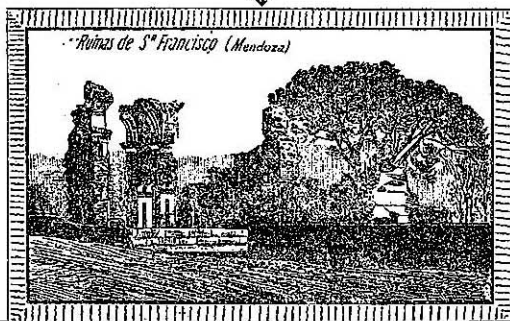


ADOLFO P. CARRANZA.

LEYENDAS NACIONALES



SUMARIO

Viages rápidos—La muerte de Quiroga—¿Profecía de Rosas?—Escenas de una catástrofe—Ultimos días de Ibarra—Pesquisa histórica—Suárez y Olavarria—El bastón de San Martín—El último rastreador—Anécdotas y tradiciones—El bastón y las pistolas de Belgrano—Una broma pesada.

coll. Sc.

IVALDI & CHECCHI — EDITORES

BUENOS AIRES

ADOLFO P. CARRANZA

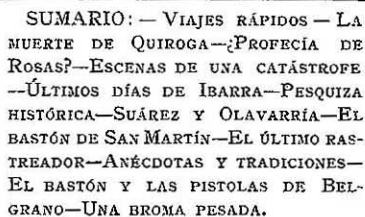
LEYENDAS NACIONALES

ADOLFO P. CARRANZA



LEYENDAS

NACIONALES



SUMARIO: — VIAJES RÁPIDOS — LA MUERTE DE QUIROGA—¿PROFECÍA DE ROSAS?—ESCENAS DE UNA CATÁSTROFE —ÚLTIMOS DÍAS DE IBARRA—PESQUIZA HISTÓRICA—SUÁREZ Y OLAVARRÍA—EL BASTÓN DE SAN MARTÍN—EL ÚLTIMO RASTREADOR—ANÉCDOTAS Y TRADICIONES—EL BASTÓN Y LAS PISTOLAS DE BELGRANO—UNA BROMA PESADA.

BUENOS AIRES

IVALDI & CHECCHI

EDITORES

1894



Viajes rápidos



Entre los adelantos materiales que han transformado á nuestro país, en estos últimos años se encuentran primordialmente, las redes de ferrocarriles que saliendo de la capital de la República,

recorren centenares de leguas en todas direcciones; á Bahía Blanca, á San Juan y á las fronteras con Bolivia.

Debido á ellos, se hacen en horas los largos viajes que á lomo de mula y en la antigua *galera*, duraban, en ocasiones, meses, á través de las pampas y los ríos, de los bosques y de las montañas del territorio argentino.

Los viajes entonces eran molestos y peligrosos, aunque no careciesen de atractivos y aventuras agradables.

La monotonía de la Pampa, solitaria é interminable, dominada generalmente por los salvajes; en el interior, serranías escabrosas, salinas extensas y llenas de pantanos que se atravesaban temiendo

siempre que se agotase el agua de los *chifles*, en sus vastas soledades; ríos desbordados; campos con guadales y biscacheras; bosques de árboles frondosos y de vegetación exuberante, algunos de arbustos, garabatos y jarilla otros, donde se asilaban los salteadores ó se perdía la huella y la dirección, haciéndose pedazos el viajero que, sin rumbo ni baqueano, pretendía salir á las abras, que de tarde en tarde aparecen.

El indio vigilando el desierto, y el gaucho malo, dueño de los caminos, asolaban la campaña, quedando la posta, aislada y sin recursos, cada cuatro ó seis leguas,—que era un rancho pequeño y sucio, con paredes de horcones rellenos de barro y techo de jarilla ó tetora, apretado con el mismo material, para servir de posada al transeunte, que cambiaba en ellas de caballo, si es que tal podía llamarse un mancarrón, estropeado y lleno de mataduras.

Los desertores de las guarniciones de frontera vagaban también por los campos del sud, cometiendo fechorías, y las sierras de Córdoba atestadas de bandidos, como los llanos de la Rioja de *lagunistas*, mantenían fuero, no de la civilización, sino más aún, de la población, zonas inmensas, que arrancadas día á día á la barbarie y al misterio, colocarán á la República en la altura que el destino le reserva.

La Pampa, inmenso mar de tierra que se perdía en el horizonte lejano, atribulaba el espíritu de los que le cruzaban amilanando al viajero que se estremecía más que de oír el alarido del salvaje, á la idea de que se le agotasen los recursos.

En la falda Andina, la distancia que media entre San Juan y Mendoza era llena de penurias, por terrenos fragosos y faltos de agua para apagar la sed, bajo un sol canicular.

Hasta hace siete años se prefería recorrerla de noche y entónces también los vientos de la cordillera eran incómodos y fríos,

No obstante, el viajero á caballo tenía más ventajas que el pasajero de la mensajería. El argentino cuando cabalga, es dueño de su voluntad y se cree el señor de la tierra.

Años atrás no había uno que no fuese jinete y hoy quizá se avergüence el que diga que no sabe galopar durante algunas horas.

La galera, como era llamado el clásico vehículo que desde Jujuy á Patagones, y del Rosario á San Juan, Rioja ó Catamarca, trasportaba á las personas acomodadas; hacía verdaderas peregrinaciones.

Los viajes llenos de peripecias, que con los vuelcos, descomposturas, empantanadas, pesadez por la excesiva carga etc., duraban uno y hasta dos meses, eran objeto de comentarios y de bromas, de los que queda la crónica, que pronto será una tradición.

El peón de ellas, es digno de un estudio especial. Incansable sobre el caballo, arrojado, activo, honrado, no llevaba mas arma que un pequeño cuchillo atado á la bota, y alegre, satisfecho, marchaba cantando, leguas y leguas, por años y años.

Los arroyos de la provincia de Buenos Aires, eran continuos y pantanosos.—Las crecientes que bajaban de los cerros, bañando las llanuras de la Rioja, Santiago, Catamarca y Tucuman, obligaban á viajar días enteros sobre el agua; atravesándose los ríos á nado ó en balsas de cuero que se hacían á propósito.

Las tropas de carretas formaban carabanas para salvar las distancias que separan á los pueblos reuniendo elementos y aunándose para resistir al malón de los indios ó á las tropelías de los salteadores.

Los que van á las provincias mediterráneas, y desde el tren extienden su vista sobre esas comarcas, muchas de ellas aun despobladas, se darán una idea de lo que sería nuestro territorio, setenta años atrás.

Todo aquí es nuevo, menos el desierto, la exten-

sión y el peligro, que son mellizos con la formación del continente.

Con los primeros conquistadores, vinieron los caballos, y sus crías se desarrollaron al par que los hijos de aquéllos, hasta que el hombre dominó al bruto y le dió ánimo y fuerzas para declararse único dueño de la tierra en que naciera, y de esa unión el gaucho fué el vínculo; raza que se vá como si comprendiese que con Güemes y La Madrid, Ramírez y Peñaloza, completó su misión.

Conocidos estos antecedentes, pueden valorarse con más exactitud la rapidez de los viajes que en diversas épocas han hecho algunos hombres de posición, quedando envueltos por la abrumadora acción del olvido, los viajeros ignorados que quizá efectuaron muchos extraordinarios, no recogidos por la tradición.

Las distancias entonces eran indudablemente aumentadas en cuanto al número de leguas, por ser calculadas, ó de *posta*, como se llamaban, pero ello no disminuye el mérito, si se fija la atención al recorrer las localidades.

Para estos apuntes nos hemos servido en los casos dudosos de los itinerarios que trae Parish, en su obra: *Buenos Aires y las Provincias del Rto de la Plata*; de los que consigna Ruk en su *Gula general de Bolivia*; de la *Gula de Forasteros* de 1836 de la Paz y el *Itinerario general de correos americanos*, de Lima en 1825, que eran los que con pequeñas alteraciones han existido hasta ahora pocos años, en que nosotros fuimos de los últimos en seguirlos.

El año 1767 llegó á Buenos Aires la orden de espulsar á los Jesuitas de América.

Era Gobernador el teniente general don Francisco de Paula Bucarelli y Urzúa, quien comisionó

á don José Ignacio de Merlo para que llevase á Charchas y Lima los pliegos que iban dirigidos á la Audiencia de la primera y al Virrey de la segunda con el mismo objeto.—Hizo el viaje en cuarenta días cruzando las mil leguas que separan á ambas capitales, á pesar de las detenciones que sufrió por falta de caballos, como por la fragosidad del camino, rigor ó intemperie de los climas, etc., etc.

—Ignoramos quien fué el portador á Lima, de la noticia de la capitulación de Beresford.

Esta se firmó el 12 de agosto, y el 22 de setiembre, ya se conocia en la ciudad de los Reyes, según se desprende de lo que á continuación transcribimos del número 35 de *Minerva Peruana* que tenemos á la vista.—«Lima, 23 de setiembre de 1806 —«Ayer llegó á esta capital un extraordinario que salió de Arequipa con la plausible noticia, que las victoriosas armas de nuestro católico monarca han recuperado la plaza de Buenos Aires el 12 de agosto.»

—El rechazo de la segunda invasión inglesa á Buenos Aires, fué el 6 de julio de 1807.—El famoso correo Escalera llevó la noticia á Lima probablemente en el mismo tiempo que el anterior, pues ya el 1º de agosto había recorrido las quinientas cincuenta leguas que hay de esta capital á la de Bolivia, según lo dice René Moreno en su *Biblioteca Boliviana*, en una nota á la «Oración fúnebre» pronunciada en sufragio de los que en aquel hecho memorable fallecieron.

«Sabido es que en la tarde del 1º de agosto llegó á Chuquisaca un extraordinario con la noticia de la victoria y que fueron magníficas las fiestas para celebrarla é incomparable el júbilo de las clases sociales.»

—Cuando el virrey Cisneros tuvo conocimiento de su deposición, en la Asamblea del 25 de mayo de 1810, confirió sus poderes á Liniers para que, valiéndose de su influencia, hiciera un esfuerzo reaccionario contra la revolución; y á fin de que

obrara con urgencia, despachó al joven José Melchor Lavín quien llegó á Córdoba el 28 de mayo á las once y media p. m. salvando en tres días las ciento cuarenta leguas kilométricas que existen.

Este mismo, siendo argentino, ascendió hasta el grado de coronel en el ejército realista, tanto por su valor cuanto por la crueldad que ejercía contra los patriotas.

—En junio de 1810 era gobernador de Salta el coronel Nicolás Severo de Isasmendi, quien notando que los miembros del Cabildo simpatizaban con el pronunciamiento estallado días antes en Buenos Aires, los redujo á prisión.

Uno de éstos era el regidor don Calixto Ruiz Gauna, quien logró fugarse y conducir á esta ciudad, la manifestación que hacía el Cabildo en favor de la nueva causa.

Hizo el viaje en ocho días, recorriendo las cuatrocientas cincuenta y dos leguas que median entre ambos pueblos.

Como para alivianar el montado estuviere descalzo, estribando con el dedo grande del pié, fué necesario cortárselo para apearlo, porque la gangrena ocasionada por el roce del metal, comenzaba á hacer sus efectos.

Gauna fué, más tarde, teniente coronel de los ejércitos de la Patria y uno de los vecinos más respetables de Salta.

—El Mayor Corvalán fué designado por la Junta de *Mayo* para llevar á Mendoza las comunicaciones de su instalación:

Llegó el 13 de junio á aquella ciudad y pasó al Fuerte de San Carlós,

Allí supo que, el 29, el gobernador Ansáy había encarcelado á varios patriotas y obraba en combinación con el general Concha, de Córdoba. Inmediatamente tomó la posta y en cinco días llegó á Buenos Aires, para instruir á la Junta de los ma-

nejos é intrigas que se fraguaban. Ésta, le ordenó que regresase, y con las fuerzas que tenía el teniente coronel Morón en el fortín del Río Cuarto, derrocóse á Ansáy, como sucedió en efecto el 16 de julio de 1810;

De Buenos Aires á Mendoza hay 222 leguas kilométricas.

Con tal motivo el pueblo cantaba por las calles varias estrofas, una de las cuales era:

Ahí viene Corvalán
De posta en posta,
Matando sarracenos
Como langosta.
Señor don Félix Ferreira (1)
Tiene vd. cara de quisco;
Cuando vino Corvalán
Fué llorando á San Francisco.

—El ayudante del general Belgrano en la batalla de *Tucumán* del 24 de setiembre de 1812, teniente primero don Jerónimo Helguera, condujo el parte de ella á esta capital.

En seis días atravesó las 249 leguas kilométricas que existen, por lo que contrajo una enfermedad que quebrantó para siempre su salud.

El gobierno le dió el grado de capitán en premio á su comportamiento en día tan glorioso para nuestras armas y como recompensa á su actividad.

—La batalla de *Chacabuco* tuvo lugar el 12 de febrero de 1817.—El general San Martín honró al sargento mayor Manuel de Escalada, encargándole la conducción de la noticia á Buenos Aires.

«Era el 14 de febrero, á las 3 de la tarde—dice Hudson—que á gran galope, lleno de polvo, radiante de entusiasmo y desplegada la bandera es-

(1) Era muy adicto á los españoles y se había ocultado en ese Convento

pañola prisionera, apareció aclamando al mismo tiempo *victoria*, en la plaza de Mendoza, el mayor Escalada, portador de la noticia del inmortal triunfo de *Chacabuco*. Todo el pueblo se agolpó en aquel lugar, que era estrecho para contenerlo. Se entregó allí á un júbilo que rayaba en locura. Las campanas de los templos estuvieron á vuelo por muchas horas, el cañón y cohetes voladores festejaban el feliz acontecimiento. Dos horas se hallaron expuestos en los altos del Cabildo esos trofeos de la victoria de nuestro ejército,—ensayo de alta gloria de estos jóvenes soldados que vencían á los vencedores de Aurtelitz y Marengo! Al fin de esas *dos* horas el ayudante de campo Escalada, continuó su marcha á Buenos Aires....

Parece sin embargo que Escalada se detuvo en Mendoza, quizá para descansar, pues, según la carta de Pueyrredón á San Martín del 24 de febrero, dice:

«Ayer ha sido un día de locura para este gran pueblo; no tengo tiempo para espresar á vd. los términos con que se ha esplicado el sentimiento de regocijo público, por la victoria de *Chacabuco*. cuya noticia llegó á las *nueve* de la mañana por pliego despachado por Luzuriaga. Eran las doce de la noche y aún se oía un ruido sordo de vivas y estruendos en toda la ciudad. La fortaleza y seis buques de nuestra marina hicieron salva. Escalada, que conduce los pliegos aún no ha llegado y me tiene impaciente su demora, porque quiero imponerme de algunos pormenores de la acción....»

Es indudable entónces que algún *chasquí*, le relevó en aquella ciudad ó en otro punto del camino, y según la Gaceta del 27, llegó el 26 á las tres de la tarde.

El parte que le entregó San Martín en la tarde del 12 y que fué leído por el Director Supremo doscientas ochenta horas después, á trescientas diez leguas de distancia era el siguiente:

Al Exmo. señor Director Supremo del Estado.

Exmo. señor: Una división de 1800 hombres del ejército de Chile acaba de ser destrozada en los llanos de *Chacabuco* por el ejército de mi mando en la tarde de hoy; 600 prisioneros, entre ellos 30 oficiales, 450 mulas, una bandera que tengo el honor de dirigir es el resultado de esta jornada feliz con más de mil fusiles y dos cañones.

La premura del tiempo no me permite estenderme en detalles, que remitiré lo más breve que me sea posible, en el entretanto debo decir á V. E. que no hay espresiones como ponderar la bravura de estas tropas; nuestra pérdida no alcanza á 100 hombres.

Estóy sumamente reconocido á la brillante conducta, valor y conocimiento de los señores brigadieres don Miguel Soler y don Bernardo O'Higgins.

Dios guarde á V. E.

Cuartel general en *Chacabuco*, en el campo de batalla, febrero. 12 de 1817,

JOSÉ DE SAN MARTÍN

—El desastre de *Cancha Rayada* fué la noche del 19 de Marzo de 1818.—En la dispersión, el teniente José Samaniego huyó hácia Santiago de Chile, donde entró á las 12 de la noche del 20, recorriendo en veinte y siete horas las ochenta leguas que separaban ambos puntos, según el testimonio de los historiadores y los documentos que con ese motivo se produjeron.

Al mismo tiempo tomaba la dirección de Mendoza el teniente de artillería de los Andes, Manuel Aranda (mendocino), quien «salvando en alas del

pavor» más de ciento cincuenta leguas, estaba en aquel pueblo el 23.

«Entróse á una casa, dice Hudson, postrado del miedo y del cansancio y dijo á su familia: *Todo se ha perdido, el ejército de la Patria ha sufrido una completa derrota.* Esparcióse en el acto la fatal noticia y llegando hasta el general Luzuriaga, mandó llamar el oficial á su presencia. Le cuestionó sobre el suceso, y con las lágrimas en los ojos y el terror pintado aun en su semblante, Aranda le repitió aquellas mismas palabras».

El Gobernador le arrestó creyéndolo un impostor, pero en la duda despachó al correo Escalera con comunicaciones para el Director Supremo, quien las recibió en Buenos Aires á los cuatro días y medio; el 28 del mismo mes.

—Desde la ingrata noche del 19 de marzo, los jefes y oficiales del ejército patriota no habían tenido un momento de reposo, pasando la mayor parte del tiempo á caballo, particularmente en los días que precedieron á *Maipú*. En este día, que fué el 5 de abril, la jornada duró desde las 12 m. hasta la puesta del sol y como Escalada al frente de su Escuadrón había sableado heroicamente al enemigo, puede calcularse el estado de cansancio en que se encontraba. El General en jefe le honró, designándole para que condujese el parte de la batalla á Buenos Aires y el comandante Manuel de Escalada no rehusó el sacrificio poniéndose en marcha ese mismo día á las 11 1/2 p. m.; atravesó la cordillera como con alas; el 8 á la oración entró á Mendoza y el 17 entregó los pliegos en Buenos Aires al Director supremo don Juan Martín de Pueyrredón.

Del llano de *Maipú* á esta capital, hay trescientas treinta leguas.

—San Martín entró á Lima el 9 de Julio de 1821— la noticia llegó á Santiago de Chile el 13 de Agosto y á Buenos Aires el 2 de setiembre—fué su

conductor un tal F. Gómez al que se le dieron 150 pesos por su comisión.

—Vive en Bolivia don Leonardo Salinas, oficial del ejército, quien llevó en tres días desde Sucre á la Paz, la noticia de la proclamación de don Gregorio Pacheco, para presidente de la República: son 124 leguas kilométricas y una parte de ellas por serranías.

La tradición conserva en Santiago del Estero el recuerdo de los siguientes viajes rápidos:

—Don Juan Antonio García fué y volvió á Tucumán en 16 horas—ochenta leguas de posta—á traer el consentimiento para el matrimonio de don Javier Frías con doña Januaria Yramain.

—Todos los años salía la procesión del Descendimiento, del viernes Santo, de la Merced, pero el cura de esa ciudad se propuso trasladarla á la Matriz, sin autorización del Ordinario. Los mercedarios no satisfechos con esto, enviaron al padre fray Juan Pablo Fernández, para que fuera en consulta al obispo de Córdoba, á cuya Diócesis pertenecía Santiago.

Salió de esta última ciudad el martes Santo, estuvo en Córdoba dos horas, durante las que fué despachado favorablemente el asunto, y llegó de regreso el viernes Santo á la tarde, cuando se armaba el Calvario en la Matriz; y con la providencia del Obispo, se suspende y se hacen trasportar todos los arreglos y santos á la Merced, de donde salió la procesión por la noche, asistiendo á ella el padre Fernández hasta las once en que terminó.

De Santiago á Córdoba, ida y vuelta, aunque la vía no es recta, hay más de 100 leguas kilométricas.

Si estos rapidísimos viajes á caballo, debidamente comprobados, no satisfacen la natural duda de los que los lean, agregaremos que Las Casas en un diario de Santa Elena, dice que Napoleón I fué de Valladolid á Burgos en cinco horas y media.

Es decir; galopó treinta y cinco leguas españolas en ese corto intervalo.





La muerte de Quiroga



El general Juan Facundo Quiroga fué comisionado por el gobierno de Buenos Aires para arreglar las cuestiones que tenían divididos á los gobernadores de Tucumán y Salta.

Marchó con la mayor velocidad, pero antes de llegar á Santiago, supo que su presencia sería innecesaria, porque Latorre había sido derrotado, hecho prisionero y lanceado por el gobernador de Jujú, que auxiliara á Heredia, el de Tucumán.

Continuó viaje y estuvo algunos días en aquella ciudad, alojado en casa de Ibarra, donde se hacían tertulias por las noches y en las que, para halagar la pasión favorita del caudillo-huesped, se colocaba una mesa con montoncitos de onzas delante de su asiento y se abrían las ventanas á la calle para que el pueblo pudiese conocer y *admirar* á uno de los grandes hombres de la pseudo-federación.

Ibarra le avisó que su vida estaba amenazada pues el rumor de que sus enemigos personales le

preparaban una celada se extendía por todas partes y el hermano de aquél, don Francisco, se ofreció á acompañarle, trayéndole á Santa Fé por el camino de los Sunchales.

Quiroga no aceptó y se dispuso á regresar, contentándose con decir algunas veces «que los cordobeses no eran capaces de hacerle nada».

En los primeros días de febrero de 1835 salió de Santiago y dos días después se encontraba á 35 leguas, en Pitambalá, detenido, porque la corriente del río Dulce le había llevado la galera en momentos de pasarla. Allí llegó don Ángel F. Caranza, que regresaba de Buenos Aires, quien le repitió las voces que corrían y lo que había oído en la villa de los Ranchos al mismo don Francisco Reinafé, que no ocultaba sus resentimientos y deseos de venganza.

Quiroga venía muy enfermo;—estaba pálido y afectado por una tos continuada; su abrigo era un ponchito de vicuña, terciado, como siempre lo usaba.

Mientras permaneció en la posta, estuvo sentado en un banquito, cabizbajo y reflexivo.

El doctor y general José Santos Ortiz, su secretario, y el correo José María Lueges, el primero amigo y el segundo muy de la casa del viajero,—le rogaron que no cesara de indicar á Quiroga que se volviese ó cambiase de rumbo.

Lueges, sobre todo, que sería una víctima inocente, se reducía por último á pedir que lo dejaran ir detrás de la galera y no adelante como le ordenara Ibarra.

El viajero á pesar de que veía la razón de lo solicitado y los peligros que les amenazaban, no se animó á insistir, porque conocía el carácter del

soberbio riojano, agriado por la enfermedad, y porque comprendía por su semblante que no estaba para oír gestiones, ni cedería temeroso de que se diese otro significado á su prudencia, única cosa quizá que nunca podría consentir.

No obstante su aspereza y á fin de disimular su terquedad, el *tigre de los llanos* sentó en sus rodillas al hijo del viajero, le obsequió con unas uvas y conversó generalidades sobre la creciente del río, la demora en sacar el coche, lo despacio que hacía su viaje, etc., etc.

Era ya tarde cuando pudo continuarlo. Aun entonces, Lueges se acercó á Carranza en su calbagadura y con lágrimas en los ojos, recordó á sus hijos, renegando contra el destino que le empujaba inconsideradamente á morir, y se alejó despidiéndose, mientras la palabra se ahogaba en su garganta.

Tres días después, en la posta del Alto Grande el maestro de ella le suplicó que no siguiese;—le dijo que esa madrugada habían carneado allí, Santos Pérez y su gente;—que tenía que enviar de postillón á un muchacho, y que, como Pérez le había manifestado que la orden era matar á todos, sería criminal hacerlo.

Pero, nada: Quiroga no cedía.

Se hizo tender la cama con su asistente, un negro corpulento, y se echó á dormir tranquilamente.

En tanto el doctor Ortiz, que no podía pegar los ojos, fué á buscar al maestro de posta, á quien lo encontró cavilando pára dar con el medio de mandar otro postillón;—escuchó todos los detalles de la tragedia que se preparaba y como tenía esposa é hijos y era un hombre inteligente y de lustre, abarcó los momentos de angustia que se pasaban y ocultando su llanto se retiró;—confiado no en que Quiroga retrocediera, sino en que Santos Pérez se hubiese arrepentido.

El pobre doctor comprendió que estaba entre fieras y de las más cebadas.

El 16 de febrero, temprano, salió la galera y como á las once, á tres leguas, en la mitad del camino entre dicha posta y Sinsacate, donde generalmente se daba un resuello á los animales, y á unas quince de Córdoba estaba el gaucho de la Sierra, capitán Santos Pérez y la fuerza que le acompañaba.

Lueges, que iba adelante, ya no pertenecía á los vivos, cuando, al acercarse al ramblón conocido por *Barranca Yaco*, sonó una voz de lo alto y se oyó el tropel de los milicianos que rodeaban el vehículo.

Quiroga sacó la cabeza por la ventanilla y con voz apagada, pero firme, dijo: «¿quién manda la partida?»

«Yo», contestó Pérez, que acercando su caballo, alzó la pistola y disparó un tiro, dando la bala en la cabeza y causándole una muerte instantánea.

Después vino lo más bárbaro:—á excepción de Ortiz, que tuvo idéntico fin al de su jefe, el negro, los peones, todos defendían su vida desarmados y con desesperación, hasta que el cuchillo terminó la escena.



Se sabe que los restos de Quiroga fueron traídos y están hoy á la entrada del cementerio de et a capital, en un sepulcro que tiene por monumento una estatua del dolor.

Se condujo también á esta ciudad y se exhibió algún tiempo la galera, que fué sacada del interior del monte, donde estaba escondida. Se capturó á los asesinos y á sus cómplices—se les procesó y por fin fueron fusilados unos y desterrados otros, dos años después.

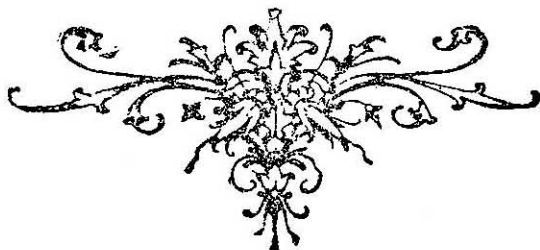
El correo Marín y el asistente del doctor Ortiz, que iban casual ó deliberadamente como á una cuadra detrás cuando oyeron el ruido de las armas y la confusión y gritos que se siguió, se metieron dentro del monte, que era espeso, y después de andar algunas horas perdidos, un tal Videla les condujo á la posta de Sinsacate donde dieron las primeras noticias de lo ocurrido.

Marín estuvo algún tiempo con la cabeza trastornada, por efectos del susto, que no fué chico.

Creyóse por entonces que Quiroga también se había salvado y andaba en la Rioja.

Ibarra envió espresamente á los llanos á un mocetón de su confianza, Eustaquio, para que averiguase si eso era cierto.

Muchos años después, en 1869, hemos visto á un costado del camino las cruces que señalaban á los pasajeros el lugar de la hecatombe y allí, á la sombra de los algarrobos, el más erudito de aquellos, ó el más anciano de los peones, narraba á los que iban todo lo que la tradición había conservado de ese sangriento suceso.





¿Profecía de Rosas?



Lavalle después de *Ituzaingó*, era la figura militar más simpática, entre los centenares de guerreros que acababan de fundar con su espada, la independencia de medio Continente.

Valiente, bizarro, culto y con una altivez caballeresca no desmentida durante los diez años que brilló en los vivaques y en los campos de batalla, el partido unitario le buscó, le halagó para ponerlo al frente del movimiento reaccionario que agitaba en 1828. Y Lavalle que estaba en esa corriente, (1) aceptó el puesto que se le designaba entrando en la polí-

(1) Mendoza, enero 14 de 1828—Mi querido amigo:—No he contestado sus cartas, porque separándonos de asuntos públicos ¿qué he de decirle? Guardar silencio sobre ellos con vd. es cosa que me repugna, y por otra parte no quiero destruir sus esperanzas con la narración de hechos que están á la espectación del mundo, y con la pintura del estado actual de nuestra pobre patria, como yo lo creo.....
Juan Lavalle.

tica interna con esa pujanza y ardimiento que le hiciera descollar en los combates.

Pero Lavalle, *excelente militar, no pedía, ni oía consejos* y este defecto, más grave aún en un hombre que no era político, ni tenía luces, fué lo que le precipitó de error en error, desde el día infausto que fusiló á Dorrego hasta el igualmente triste, de su muerte en Jujuí.

El héroe de *Riobamba*, el que acababa de electrizar al ejército con sus cargas sobre las fuerzas del Imperio, cometió la primera falta el día que puso su nombre y su gloria al servicio de los rencores de un bando; este paso le arrastró á encabezar la sublevación de las tropas veteranas que venían de salvar la honra y la integridad de la patria—Paz en 1829 era un reincidente, para el que no era nuevo envolver á su país en una guerra civil; pero Lavalle, aquel Lavalle legendario, se sumergió quizá inconscientemente en un charco que tenía más lodo que sangre.

Y en balde será que se pretenda disculpar esos errores; ellos fueron funestos y tuvieron su fatal pero lógico desenlace, en la tragedia de Navarro— ¡Tragedia inútil y que harto se ha pagado!

Después de la derrota de *Navarro*, el 1º de diciembre de 1828, Rosas consiguió retirarse á Santa Fé, de donde volvió apoyado con las fuerzas del gobernador López derrotó á Lavalle en el *Puente de Marques*, á consecuencia de lo cual, se celebró la Convención de paz el 24 de junio de 1829, que designaba el nuevo gobernador de Buenos Aires (Viamonte) y establecía la renovación de la Cámara de Representantes. Es decir, que, antes de seis meses, la reacción federal se había operado y las sombras continuaban cubriendo la noble y gallarda personalidad de Lavalle.

Pero después de firmada la paz en Cañuelas, se

pensó y al efecto conversó el coronel Manuel de Escalada con Lavalle á fin de explorar sus ideas, respecto al cumplimiento de lo pactado y á lo nuevo que quería establecerse.

Lavalle era inconsistente en sus ideas y se dudaba con razón de su firmeza.

La misión de Escalada se redujo á pedirle que aceptara el ponerse al habla con el coronel Pacheco, para que éste fuera porta voz ante Rosas de cualquiera resolución que conviniese tomar para garantizar el compromiso que existía.

Escalada, Pacheco y Lavalle se habían formado en el regimiento de «Granaderos á caballo» se conocían desde niños, pero la amistad de estos últimos estaba resentida desde los sucesos del año anterior. Pacheco acompañaba á Dorrego cuando lo aprisionaron y fué también detenido y enviado á un pontón, durante los primeros días de la rebelión de Lavalle.

No obstante consintió en verse con su antiguo camarada y con fecha 23 de julio recibió estas líneas, Escalada:

«Mi querido Manuel: He sido siempre y soy amigo de Pacheco, por consiguiente su visita me será muy agradable. Ven, pues, con él á la hora que gustes. —Tu Juan».

La entrevista tuvo lugar y se convino en que Pacheco se trasladaría á Cañuelas para llevarle á Rosas el pensamiento y decisión del general Lavalle, á fin de destruir cualquier obstáculo que fuera impedimento á la realización de la gran obra que tenían entre manos.

Entendidos los viejos compañeros de armas, el confidente del Comandante general de campaña no marchó como se verá, y por carta se enteraba Rosas de los sentimientos y planes de Lavalle, manifestando al intermediario sus mejores intenciones porque se restablecieran las instituciones de la Provincia, anhelando que se reuniese pronto la Con-

vención para que, con la entrada del nuevo mandatario verse libre de asuntos políticos, pudiendo retirarse á cuidar sus intereses.

¿Mentfa Rosas?

Es tan difícil creer que en 1829, pensase en la absorción del poder que consiguió después, que no es aceptable suponer que hipócritamente demostrase el patriotismo y abnegación de que dió testimonio en esos días.

No satisfecho aún con las declaraciones que había hecho, el futuro tirano le escribió la carta que va á leerse con el ánimo sin duda de que se la mostrara á Lavalle, la que deseamos publicar sin comentarios, dejando á la Historia que la considere como merece, después de un estudio serio, reposado, lejos de la pasión y de los actores de la larga noche en que gobernó, para que juzgue si serían ó no sinceras las declaraciones que en ella se hacen:

Cañuelas, julio 24 de 1829.

Señor don Ángel Pacheco.

Mi querido amigo:

Leo en tu estimable carta de hoy la expresión de tus sanos sentimientos. Voy á contraerme á su contestación tan interesante á la causa pública.

Impuesto de cuanto me dices sobre tu conferencia con el general Lavalle, de la lista formada en el Ministerio, y lo demás ocurrido hasta la hora en que escribistes, creo conveniente que no vengas ahora. Tu persona en esa es muy necesaria y es preciso que continúes trabajando cuanto puedas para que tenga efecto lo pactado y triunfe la lista convenida. Yo espero que trabajarás con decidido empeño porque triunfe la indicada lista, interesando por lo mismo á todos tus amigos y haciendo á este fin cuantos esfuerzos puedas.

Si la lista acordada no triunfa, los pactos más solemnes del trato, que no se han publicado, quedan sin efecto, y se habrá perdido la mejor ocasión de salvar la patria. La sangre de nuestros compatriotas se derramará á torrentes sin duda. Esto será triste, pero será más triste todavía la necesidad de conformarse porque no hay otro remedio.

Cómo me duele, mi querido compatriota, ver al general Lavalle en ese miserable Fuerte, en ese teatro de perfidia. Él ofrece círculos que saben halagar jugando con habilidad los dardos de la traición, que son capaces de embriagar el mejor entendimiento, la razón más bien formada. El hombre del corazón más sano, del alma mejor colocada, y del ánimo más elevado, está expuesto á marchar sin tino, sin plan y sin combinación á las veces. Mañana los mismos que hoy lo cercan y halagan al general Lavalle serán capaces de mandarlo degollar.

Yo me atrevo á pronosticar sin temor de equivocarme, que si el general Lavalle se une conmigo de firme, el país se salva. Diré mejor: la gran familia de la República Argentina verá muy pronto el día suspirado de la grande obra de su consolidación. Juan Manuel Rosas es un hombre de bien, un labrador honrado, amigo de las leyes y de la felicidad de su país. Tiene en él una fortuna arraigada, esposa, hijos, padres y hermanos. Treinta y cinco años de edad, que los más lo ha pasado en el retiro de una vida oscura, que es la más acomodable á su temperamento. En una vida privada, donde ha debido meditar en medio de una calma libre de pasiones—¿Cuáles serán pues, sus aspiraciones después de las lecciones que presentan las historias todas de las revoluciones del mundo? Estoy seguro que si el general Lavalle me conociera como tú, conociera también á las personas que lo rodean, y meditase lejos del bullicio, se penetraría como tú del fuerte poder y razones que hay para creer que de la fuerte y sólida unión con Juan Ma-

nuel Rosas debe esperar la felicidad de su patria, y sin duda la suya acompañada de una inmensa gloria.—Por lo contrario de los otros la muerte del país y *la suya particular*.

Agradezco los recuerdos de nuestro amigo el señor don Manuel Escalada y los retorno muy agradecidos por el interés que toma en esta importante obra. Con conocimiento de estos conceptos y de lo que ya hemos hablado, díle que no se canse de trabajar por la salvación del país, porque si se abandoná esta oportunidad se pierde y nos perdemos.

Las noticias de Córdoba las tengo de distinto modo según el parte de Bustos y López.—Resulta por dicha parte según yo lo entiendo, la acción ganada por Quiroga porque el general Paz se había retirado de la ciudad con la infantería, y Quiroga con Bustos quedaban fuera cerca de la ciudad con sus tropas, después de la acción.

Este parte hace días que lo tengo y no lo quiero hacer correr por delicadeza.

Si algo necesitas para el trabajo de las elecciones, entiéndete con Arana quien facilitará todo pues en la fecha le escribo sobre esto.

La orden que me pides para la señora doña Ana Otárola ya la mandé.—Puedes verla y si no está buena mandaré otra del modo que quieras.—Cualquier cosa que te ofrezca de ésta ú otros en que yo pueda ser útil, no andes con reparo para decírmelo que sólo no haré lo que absolutamente no pueda.—Lo mismo díle al amigo Escalada.

Siento un placer grande al decirme tuyo affmo. amigo y compatriota

JUAN MANUEL ROSAS.



¿Mostraría Pacheco esa carta?

No tenemos constancia de ello, pero es indudable

que dada la vieja relación que habían reanudado y la importancia del documento, en aquellos días, Lavalle debió verla, no olvidándola quizá en los subsiguientes, que le fueron tan llenos de sinsabores

Diez años después, en 1839, persistente el partido unitario en derribar á Rosas, al que los sucesos habían colocado en el gobierno de la provincia de Buenos Aires con *facultades extraordinarias* y como Encargado de las relaciones exteriores de la República, se levantó nuevamente en armas, y al frente de un ejército apareció el general Lavalle tan abnegado como siempre, pero con la intuición de que sería aquella su última campaña.

Desacertado en sus planes, algo infatuado, decidido aunque desencantado y aturdido, con desconfianzas y prevenciones, su guerra al tirano fué una serie de derrotas y amarguras que quebrantaron su ánimo y que le obligaron á ir en retirada por el territorio argentino, buscando asilo en el extranjero.

El ocho de octubre llegó á la ciudad de Jujui y el 9 al medio día sucumbió de una manera tan casual como trágica.

La profecía de Rosas se habia cumplido—Lavalle sería víctima de la guerra civil que él encendió y que no le fué posible concluir.

La carta hasta ahora inédita que vá en seguida, consigna los datos más exactos sobre su fin, según hemos tenido ocasión de confrontarlos con los que nos ha dado uno de sus oficiales en la cruzada libertadora que salió de Martín García é hizo sus últimos disparos en la quebrada de Humahuaca.

¡Viva la federación!!—Señor general don Angel Pacheco. Cuartel general en marcha, octubre 13 de 1841.—Mi estimado amigo: Con el más vivo pla-

cer he recibido la importante nota de vd. del 24 y también la del 21, que ya presagiaba aquel resultado feliz. Nunca dudé que tendríamos un día más de gloria desde que veía á vd. á la cabeza de esa División que está compuesta de jefes, oficiales y tropa, tan valientes y decididos. Solo ansiaba por saber que se hubiesen encontrado; lo demás no me inquietaba.

Á esta fecha, ya tendrá vd. en su poder mi parte ó carta de la batalla del 19, contra el salvaje Lavalle, en el *Rio Colorado*; la persecución y medidas que á consecuencia del triunfo se tomaron, han dado por resultado la muerte del salvaje unitario Juan Lavalle, asesino, sobre quien el cielo descarga el golpe, cuando pensaría quizá, haber escapado á él.

Los detalles de este importante suceso son curiosos y los diré á vd. brevemente.

Lavalle llegó á Jujui con veinte y cinco hombres, dejando lo demás de su fuerza, que según cartas suyas que están hoy en poder del ilustre Restaurador, alcanzaba á doscientos, en los extramuros: se apeó en la casa de un Zenavilla, donde creyó encontrar al salvaje unitario Elías Bedoya y metió adentro á los fondos, toda su escolta y caballos.

Ahora bien: el coronel de Jujui, don Domingo Arenas, había mandado al pueblo una partida de ocho hombres, (1) con el teniente coronel don Fortunato Blanco, á sorprender y capturar en su misma casa á Bedoya.

Llega á esta, encuentra del lado de afuera de la puerta á un oficial ó asistente de Lavalle, con divisa celeste: le dá la voz de preso (es de advertir que ellos no sabían que estuviese allí Lavalle, ni sus veinticinco hombres), aquél recula precipitada-

(1) Eran doce.

mente, entra y cierra con llave la puerta. Blanco entónces hace apeaar sus cuatro tiradores y descargar á la cerradura para hacerla saltar: al ruido venía Lavalle á la expresada puerta y al llegar á ella, dos balas que la atraviesan, le atraviesan también el pécho: huyen los nuestros, luego que dispararon temiendo ser sentidos por la fuerza de extramuros sin sospechar el provecho de los tiros; huyen también los salvajes y un hombre quedaba tendido en aquella casa: este era el malogrado Lavalle. (2)

Al rato, volvieron diez de los suyos y lo llevaron en una carga de petacas. (3)

(2) Fué una sola bala de tercerola, que le dió en la horquilla del esternón descargada por José Bracho, soldado del regimiento «Escolta Libertad» y que por resolución de noviembre de 1842 fué agraciado entre otras cosas, con el título de *benemérito en grado heroico!*

(3) Cuando el centinela corrió á dar cuenta al General de que había enemigos, Lavalle que ya se había sentado en el catre que descansaba, poniéndose una bota y con calma le dijo: *vaya no más y que ensillen, porque nos hemos de abrir paso.*—En esa actitud lo dejó el soldado cuando se oyeron las detonaciones. Los que allí se encontraban, creyendo que se trataba de un ataque de fuerzas superiores, salieron por los fondos de la casa á incorporarse á las tropas que estaban en la *Tablada*.

Impuesto el general Pedernera del funesto suceso, dió orden de ensillar y ponerse en movimiento hacia la quebrada de Humahuaca.—Todo fué con precipitación.

Habían marchado algunas cuadras cuando alguien observó que no debía continuarse dejando abandonado el cuerpo del Jefe querido é inmediatamente Pedernera hizo hacer alto y despachó al teniente López con diez hombres para que recogiese el cadáver. Éste volvió al pueblo y levantó del zaguán donde estaba como tendido el cuerpo de Lavalle, y atravesándolo de espalda sobre una mula, regresó al campamento.

No está de más agregar con este motivo, que el general Lavalle al ser herido no murió instantáneamente: se arrastró algunos pasos con las ansias del último momento sin duda tratando de cruzar el patio hacia su habitación.

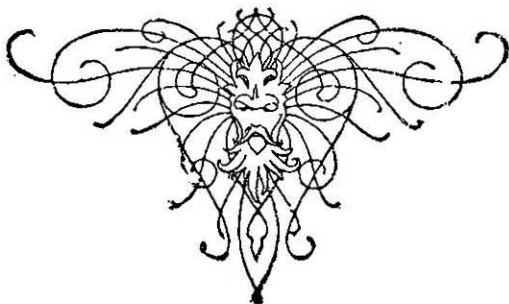
Por estos rumbos -está todo pacífico y los gobiernos federales establecidos en Tucumán, general Gutierrez; Salta, Otero; Jujuy, Delegado Bárcena. El salvaje Cubas en Catamarca, si está, ya será presa del gobernador Balboa, y del coronel Maza, á quien envié con un batallón.

Esto mismo digo, con fecha de ayer, al ilustre Restaurador y le pido órdenes sobre el ejército, porque á mi juicio, ya no tiene objeto, en los destinos que ocupa.— Hasta recibirlas vd. permanecerá en Cuyo y yo me mantendré en la campaña de Tucumán.

Sin otro objeto, me repito de vd. affmo. amigo y servidor—



MANUEL ORIBE





Escenas de una catástrofe

Creo que fué el 23 de marzo de 1892, cuando apreté la mano de uno de los vecinos que gozaba de mejor reputación en Mendoza.

Era don Domingo Bombal: hombre alto, de fisonomía poco atrayente, de cejas gruesas y pobladas.

Envuelto en su capote al estilo de Bonaparte, tenía el aspecto de uno de esos veteranos que le acompañaron en las grandes campañas de los comienzos del siglo.

No obstante su áspero relieve y su voz ronca, el Sr. Bombal era amable, sencillo y paciente con los que le incomodaban.

Fué tan respetado en su pueblo natal, que con decir que varias veces ha desempeñado el gobierno, basta para saber que carecía de enemigos y que para todos era una garantía de honradez, de prudencia y de legalidad.

¿Puede un ciudadano aspirar á más envidiable título?

Algo conversámos de aquellos agitados tiempos en que la patria agonizaba después de los esfuerzos colosales de sus hijos predilectos; pero era del caso hablar de la fecha inolvidable de aquel pueblo, y le abordé para que me contara lo que sirviese á dar una idea del cuadro horroroso de la noche del terremoto y la causa á que mi interlocutor debió su salvacion.

Y me hizo este relato:

«Para mí, los temblores no eran una novedad; había vivido algunos años en Chile y estaba habituado á ellos.

También había oído en mi juventud la tradición de que en este mismo punto hubo un terremoto, pero ignoro si fué cuando lo poblaban los españoles ó antes de su arriésgada venida.

Dió la casualidad de que dos ó tres días antes, fuí á la Matriz y escuché un sermón, bastante elocuente, de un padrecito, creo español, que amenazaba á su auditorio con el juicio final, y lo representó tan á lo vivo, que con los instantes que sobrevinieron no podía ser más parecido.

Estaba dentro de mi casa de negocio, que formaba esquina, arreglando una escritura sobre el mostrador, con un chileno, el escribano y mis dependientes, cuando sentí el ruido precursor, que es como un mugido lejano, pero fuerte, y la primer ondulación de la tierra.

Salté por sobre el mostrador y me lancé á la boca-calle colocándome en el centro de ella.

No perdí la serenidad y me puse á observar nerviosamente los edificios que me rodeaban,—los que bamboleantes, amenazaban aplastarme,—con la intencion de hacerle una *gambeta* al primero que se me viniese.

¿Cuándo caí? No lo recuerdo, pero fueron cascotes de uno de ellos los que me voltearon, tendiéndome un rato en el suelo.

Me levanté y no ví nada. El polvo de los escombros ocultaba la luna y la oscuridad era densa.

Pero á poco se fué despejando y alcancé á ver los edificios destruidos, el incendio que asomaba en algunas partes, quejidos,—gritos—qué sé yo!—Me acordé del juicio final del cleriguito, quien, como Bravard, fué víctima de lo que anunciara.

Cuando comprendí que no había temor de que cayesen más casas, me dirigí hácia la mía, que estaba á cuatro cuadras de la tienda.

Todo era silencio, habian sucumbido en el patio esas personas que vd. ve ahí (al decir esto me mostraba un gran cuadro al óleo, en que estaba su primera esposa y cuatro ó cinco niñas de tres á diez años—rubias y lindas).

Creyendo cumplir mi deber, seguí hácia la alameda, que álguien me dijo era donde se reunian todos los que iban apareciendo.

Allí fueron las impresiones más enérgicas—la tierra se movía como un mar embravecido—no podíamos estar en pié y nos hincamos reclamando á gritos la misericordia de Dios. Los grandes álamos se volcaban como los mástiles y el rumor de sus hojas daba más pavor á la escena.

Veíase hacia el centro de la ciudad el fuego haciendo de las suyas y como se corría por bajo los escombros, comunicando á los almacenes, tiendas, etc., asomaba de súbito y de trecho en trecho, como lenguas acompañado con un estruendo extraordinario por los alcoholes, cohetes y demás combustibles con que chocara y que animaban forzosamente tan infernal teatro.

Pasamos toda la noche rogando, recibiendo á los que llegaban afligidos, llorosos, desesperados, sin darnos cuenta de la magnitud de nuestra desgracia, aguantando más de setenta temblores que se sucedieron, sin saber si antes tendríamos la fatalidad de morir, tras ese grande infortunio.

Cuando amaneció, ya reaccionamos. Era necesario sacar á los sepultados por los escombros, auxiliar á los heridos, recoger á los niños, consolar á las mujeres y perseguir y castigar á los ladrones.

Como el terremoto no tuvo efectos desastrosos en los pueblitos cercanos, ese mismo día hubo alientos, y aquellos rivalizaron en el envío de víveres, ropas, camas, etc.

En el primer momento, todos resolvimos emigrar de este paraje tan ingrato y que nos hostilizaría con la pesadilla. Fui á mi barraca, que es donde ahora conversamos, y el francés que la tenía á su cargo, me quitó de la cabeza semejante idea, diciéndome: «Estas cosas no se repiten, vd. ha perdido sus bienes, quedándose en la calle—ponga un mostrador y empecemos á trabajar, negociando con lo que se ha salvado.

Y así lo hice, y levanté nuevamente la carpa que había volteado la naturaleza y la fortuna.

Para concluir, le diré á vd. que ninguno de los que estaban en la tienda sobrevivió.—El chileno, al salir, dijo algo de su caballo, probablemente lo tendría atado en un poste de la vereda, y pensaría disparar en él ó salvarlo, sin suponer que no le daría tiempo para hacerlo él mismo».

Saludamos al señor Bombal y para que fuera más sensible á nuestra mente la narración que escuchamos, fuimos á las ruinas, para reconocer lo que de ellas queda y entre las que se yergue mustio y solitario, el pino de San Agustín, que ha visto crecer dos pueblos, dado sombra á muchas generaciones y es actualmente el único testigo de la gloria, de la catástrofe, y de la civilización de Mendoza.

—

Don Cirilo Torán es un anciano bajo, bien parecido, simpático y muy cortés.

Nació y vive en Mendoza, á cuya sociedad conoce, porque es de los que salieron del terremoto, para poder contar á los hijos, quienes fueron sus padres, y á los que lo visitan dar noticia de aquella ciudad antes de la catástrofe.

Conoció á los últimos de la generación que ayudó á San Martín en su empresa y aun recuerda con satisfacción, como eran de distinguidos y de patriotas los caballeros y las damas de aquel tiempo.

La noche del 19 marzo del año de 1892, á los 31 justos del sacudimiento que derribó á todo un pueblo, le sentamos á nuestro lado y le pedimos nos contara del modo que había salvado y las impresiones que sufriera en una hora tan menguada.

Y comenzó su narración:

«Era á esta misma hora (8 1¼ p. m.) una noche de luna espléndida. Estaba en la casa de la señora de Santa Ana, tomando mate en la puerta de la calle y conversando con ella. Como se hacían algunas refacciones en la casa, había una pila de ladrillos en el cordón de la vereda, los que se entraban por una pequeña puerta falsa que estaba como á 4 ó 5 varas de donde me encontraba parado.

De pronto se oyó un ruido como de carruaje que á cierta distancia corre por el empedrado, al que siguió un suave movimiento del suelo.

La señora de Santa Ana, que había vivido en Chile y conocía las manifestaciones de los temblores, me dijo agitada y conmovida: «Es un temblor».

Creo que entonces di un salto hácia la calle— más de repente me encontré en cuclillas, apretado, sin poder levantar la cabeza pero con el mate en la mano y el que felizmente aún no estaba concluido.

Me hallaba encerrado en el hueco que hacía la puertita falsa que había caído volcada por los adobes de la casa, á lo que debí mi salvación.

No tenía más movimiento que el del pié izquierdo y con el talón golpeaba la puerta, de cuando en cuando, como para que oyesen los que sentía que se acercaban.

Mucho mezuqué el agua de mi mate y sólo chupaba cuando la garganta se secaba demasiado.

Algunas horas pasé en tan afligente situación, hasta que sentí caminar una persona sobre mi cabeza; le grité que me hiciera el favor de buscar al doctor Palma ó á don Tesandro Santa Ana, que cualquiera de ellos, si estaban vivos vendría á sacarme.

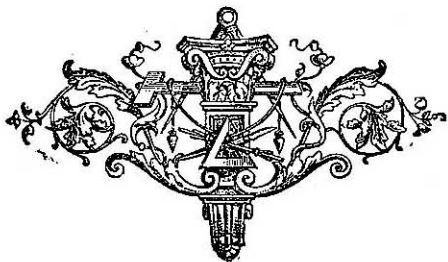
En efecto, un rato después vino este último y me puso en libertad, no sin que costase enderezarme después de aguantar varias horas tan incómoda postura.

Cuando salí, ya habían pasado los grandes remezones—seguía el incendio y los ayes de los que menos felices, aun estaban bajo las ruinas.

La señora de Santa Ana, fué una de la víctimas.

Con grandes dificultades y el corazón oprimido me fuí á la Alameda, donde reunido con los que allí se encontraban, esperamos el nuevo día, para darnos cuenta precisa de tan tremenda desgracia».

Aquí terminó el honorable mendocino: y después de darme el retrato en miniatura del coronel Lorenzo Barcala, me despedí hasta el día siguiente, que debíamos ir á su finca, para ver el olivar plantado por el general San Martín.





Últimos días de Ibarra



En presencia de ciertos hechos casuales y de gran trascendencia en la vida de los pueblos, inclínase uno á creer que las largas y estériles dominaciones que ejercen sobre ellos ciertos hombres están ya marcadas por el inexorable destino.

Esta reflexión nos sobreviene cuando pensamos en don Juan Felipe Ibarra, el Gobernador de seis lustros en la provincia de Santiago del Estero.

Residía en Córdoba, cuando el grito de *Mayo* le sorprendió con los libros de teología en la mano, los mismos que quizá manejó el doctor Francia veinte años antes, y con quien tiene algo de semejante por la tiranía patriarcal que ha ejercido, su duración, homogeneidad de pueblos, costumbres, etc., etc.—y abandonándolos, corrió á enrolarse en las filas del primer ejército de la independencia.

Estuvo, y no se portó bien, en *Yuraycoragua*, pero más tarde asistió á las batallas de *Tucumán* y *Salta* y encontróse mezclado en las filas patriotas

hasta el año 1817, en que regresó á su provincia natal.

Nombrado comandante general de campaña, como Rosas, como Quiroga, etc., es con ese título que comienza su vida pública, si tal puede llamarse la de estos hombres que han retardado la organización del país, obstaculizando las grandes ventajas que debían obtenerse de la emancipación; y en 1820, como aquéllos, aparece sirviendo de instrumento á la *gente decente* de la tenencia de Santiago, para separarse de Tucumán.

Con ellos también, sea por inhabilidad de los que les empujaban ó por su astucia y popularidad, asume el mando y consigue perpetuarse en él, hasta que la muerte es la única fuerza capaz de arrancárselo.

Varias veces hubo de ser asesinado.

En una ocasión en que el francés Sauvage, á quien hizo azotar como monedero falso, quiso vengarse de él, escapó de la manera siguiente:

Vivía con Ibarra su hermano Francisco, quien tenía una pieza al lado de la de aquél. Por entonces estaba de paso en Santiago, muy pobre, un oficial Garrido, compañero de Ibarra en los ejércitos de la patria y, como lo hospedase, le hizo colocar una cama al lado de la de su hermano.

Una noche Ibarra se recostó en la cama de Garrido y, después de conversar un rato con su hermano, ambos se quedaron dormidos.

El huésped entró un momento después y, por no incomodar á su generoso amigo, pasó á la otra habitación y se acostó en la cama de éste, cuya cabecera daba á la ventana de la calle, que se dejaba abierta por el calor.

Sauvagé, que estaba resuelto á no pasar un día mas sin realizar su deseo, se acercó á la ventana, se cercioró bien de que no podía ser otro que Ibarra el que dormía y, poniéndole una pistola sobre cada sien, le descerrajó dos tiros que, como es de suponerse, hicieron pedazos el cráneo de la víctima.

El matador esparció á voces la noticia de que el cacique de Santiago ya no existía, ¡y cuál no sería su sorpresa cuando supo que el desdichado Garrido, por una causa tan insignificante como casual, era el que había desaparecido! Se le enjuició y fué fusilado.

Otra vez salvó su vida de un modo mas original. Reuníanse en casa de don José Domingo Iramain á jugar de noche, el coronel Lugones, Palacios, Herrera y otros quienes eran amigos personales de Ibarra, aunque unitarios, y hacía algún tiempo que conspiraban sin que se notase, ni aun por aquél, que era infaltable á la tertulia donde de pié jugaba una ó dos onzas, conversaba algo y se retiraba para recogerse temprano, pues era gran madrugador.

Los conspiradores, que ocupaban la pieza que cuadraba el patio, de una casa espaciosa, como eran las antiguas de Santiago del Estero, colocaron una noche dos individuos en cada lado de la puerta de calle, con la consigna de que cuando Ibarra entrase lo mataran en el zaguán.

Todo estaba como siempre. Ibarra llegó á la puerta de calle y allí se detuvo, notó que había olvidado el pañuelo de manos, y como sólo iba por matar el tiempo, les gritó desde la puerta:—
¡Ya están jugando!

—*Entre*, le contestaron los de adentro.

—*No, no soy calavera como ustedes.*

Y al decir esto, tomó la vereda y se volvió tranquilamente á su casa.

Al día siguiente supo de lo que había escapado, de una manera más que original.

Hemos dicho que el gobierno de Ibarra tenía algo de patriarcal, y en efecto, su costumbre de todos los días apenas se levantaba, era sentarse en la puerta de su casa, y como por allí desfilaban

las sirvientas para el mercado, siempre cambiaban palabras con el *viejo*. Y así sabía él cuanto pasaba en cada hogar.

A la mañana siguiente, conforme á su hábito, supo que Herrera y Palacios se habían ido urgentemente para Tucumán la noche anterior.

Por el mismo conducto, que Lugones había salido precipitadamente á la misma hora á Catamarca y por fin la criada de la casa de Iramain le dijo que apenas se retiró, después de las palabras que cambiara con los tertulianos, éstos dejaron de jugar y se fueron y el patrón mandó ensillar su caballo y no sabían qué rumbo había tomado con grande apuro.

Estos datos y otros que le dieron después, le hicieron saber que, por faltarle el pañuelo de manos, no había caído en una celada difícil de evitar.

La tercera vez que se salvó de sus enemigos fué cuando, sublevado un comandante Rodríguez en 1840, acampó en las orillas del pueblo á tomar un churrusco, mientras aclaraba. Lo vió el maestro platero *Luchi* y huyó á casa de Ibarra, llegó hasta él y lo despertó diciéndole: *Juan Felipe, dispará que vienen á matarte!*

Ibarra se reía y, medio soñoliento y fastidiado, lo echó para que le dejase continuar su sueño.

Pero fué tanta la insistencia del platero, que saltó de la cama y montó en su caballo, que estaba á la mano, en momentos en que el invasor entraba á gritos en la plaza, corriendo hácia la casa del Gobernador.

Cuando tomó la calle con dirección al río, fué visto y le hicieron fuego. No obstante les ganó terreno y atravesó á la Banda, donde tenía gran prestigio y estaba más seguro que en su propia casa.

Los revolucionarios asaltaron y tomaron el cuartel matando á su hermano Francisco.

Pero apenas circuló la voz de que el *viejo* estaba en la Banda, los mismos que rodeaban á Rodríguez, empezaron á desertarse y pasaban el río á presentársele, entre ellos hasta el negro que se había hecho dueño del caballo de su hermano.

Tres días después la reacción proclamaba Gobernador al mismo Ibarra.

Pero, á pesar de los halagos con que lo mimara la fortuna durante su gobierno de treinta años, al finalizar el de 1850, tuvo los primeros síntomas del mal que habría de conducirle al sepulcro.

Como se verá, no obstante los progresos de la enfermedad, Ibarra no se resignaba á dejar la vida y menos el mando, que en sus manos lo creía eterno.

Ya en 1848, según Zinny, «escribió á Rosas colocando la Provincia de Santiago bajo la protección del Gobierno general, y en su testamento como López el de Córdoba (1) y su homónimo del Paraguáy hizo el legado de su autoridad, cual si fuese propia, disponiendo que después de su muerte *pasase* el gobierno de la misma á manos del Ilustre Restaurador de las leyes.»

«Éste contestó dándole la seguridad de que él velaría cuidadoso, á fin de que, en la provincia de Santiago, no tuviese lugar el desarrollo de pasiones innobles que pudieran perturbar la quietud y libertad de sus ciudadanos.»

Á principios del año 1851, el mal que le aqueja-

(1) Este sujeto que tenía el apodo de *Quebracho*, por los verrugones de su rostro y que mandó en Córdoba diez y siete años es el que puso *Nuel Pez*, cuando le indicaron que sólo usara media firma en los documentos oficiales.

ba creció y las cartas que se leerán demuestran las alternativas del malestar y las impresiones por que pasaba el caudillo.

En enero 14, escribía á un amigo de su confianza.

«Aún no he subido á caballo, porque muchos amolones me han dicho que no he de poder subir todavía, pero ayer he subido solo, al carro, ya camino solo y sin bastón; parece que voy á ser hombre nuevamente».

Es indudable que no carecía de fuerza de voluntad, pero su energía era hija del deseo de aparecer aún vigoroso ante sus gobernados y así el 17 decía: «Ayer he subido á caballo y no como *chapi*, sino como un buen paisano. Sigo en regular estado y con la esperanza de acompañarlos unos días mas según espero de la infinita misericordia del Todo Poderoso».

Esta carta ya no la firmó él, sinó don José Antonio de la Zerba *de orden de S. E.*

Curioso es ver como, cuando la enfermedad arreciaba, el mandón ponía sus ojos en la Providencia que había olvidado en sus buenos tiempos, cuando ordenaba la muerte de sus enemigos é imponía los más bárbaros castigos á sus paisanos.

Tres días después se sentía bien y *con mucha esperanza* de completar esa mejoría.

El día antes se había vestido de parada, con su uniforme de General en que ostentaba las medallas de *Tucumán* y *Salta*, cosa que sólo hacía en el aniversario de la primera de estas batallas en el que generalmente de buen humor, contaba los episodios de ella y recordaba con lágrimas al general Belgrano.

Desde el 23 de enero comenzó á alimentarse con leche de burra, para *ver si me endurezco más*, decía, la que parece que le fué provechosa, pues en carta del 28 que firmó, aunque con dificultad, se lee: «mi restablecimiento sigue aunque no á pasos tan lijeros como yo deseo, pero no pienso en morirme hasta

no verlos mejor arreglados á mis paisanos y más seguros en su libre voluntad.»

«En mis paseos de ayer y hoy he comprado cien caballos con los que voy á establecer una carrera de postas para un correo de gabinete, desde esta ciudad á la de Tucumán, para evitar de que anden buscando caballos para hacer chasques cuando me muera, para felicitar y avisar quién me ha de suceder en el gobierno y que venga á sentarse en el trono que esta Provincia le prepara.

«No creas por estas bromas de que yo piense en ser inmortal, pero sí te diré que no los he de dejar cuando ellos quieran, sino cuando el que todo lo puede disponga de mí.»

«La hinchazón me ha bajado bastante, estóy mejor que antes, me siento con agilidad y con esperanzas de acompañarlos un tiempo más.»

El ánimo había vuelto al tiranuelo y ya confiaba en continuar por otra larga temporada como pastor del rebaño humano según lo manifiesta en carta del 25 de febrero: «Hoy á las siete de la mañana he llegado de un paseo que el domingo hice á Aibe, si te digo que he quedado sano, no miento, hasta la hinchazón me ha bajado.»

«Este favorable acontecimiento, me ha hecho pensar en visitarte y aun en pasar á Don Juan donde pienso llevar unas buenas mozas y con uvas y muy lindas, para cuyo efecto quiero que prepares de 14 á 16 animales mansos y buenos aunque sea entrando mis sillones, mis mulas tordillas ó plateadas y algunas otras más que sean así mansas.....»

Ocho días después, su sobrino y secretario, Manuel Taboada—que heredó su gobierno—en el que imitando al tío se mantuvo veinte años—escribía: «Mi tío está para salir en volanta con dos paquetas, las mismas que me dice las llevará allí, por cuyo motivo me encarga firmar esta.....»

Este paseo que promovía y deseaba realizar, era

sin duda, más que para distraerse, con el objeto de que los santiagueños se cerciorasen, que aún estaba sano y en condiciones de mantener el poder.

Sus instintos dominadores se conservaban íntegros, pues con fecha 13 de marzo decía Taboada: «no te han engañado relativamente al tío, está malo, pero con el deseo de estar con vos en tu casa, lo he de sacar y apenas sepa que está bueno, nada me costará el hacerte avisar; no te aflijas por cosa alguna.»

«Mis acompañadas son una runfla de flamencas, en fin como eres estanciero nos darás ternero asado y nada más.»

El viaje no pudo realizarse porque el caudillo se agravó considerablemente; agravación que lo llevó al sepulcro el 15 de julio de 1851.

El médico que lo asistió, doctor Tomás Arias, no anduvo corto en sus honorarios, según se verá por esta cuenta cuyo original poseemos:

Por asistencia médica que ha prestado al finado don Juan Felipe Ibarra, desde el 1º de setiembre del año ppdo. hasta el 15 de julio del presente año 3,309 pesos.

Santiago del Estero, julio 23 de 1851.

En Buenos Aires, *El Diario de la Tarde* del 1º de agosto dió la noticia de su fallecimiento, como ocasionado por una afección al corazón, en estos términos: «Los últimos momentos del gobernador Ibarra fueron tranquilos, y lo encontraron rodeado de numerosos amigos y de los auxilios de la religión. En este trance solemne no dejó de dar pruebas de patriotismo, recomendando á sus conciudadanos su fidelidad al sistema federal de los pueblos y su adhesión constante y su fé invariable en su grande amigo el general Rosas como depositario de la voluntad y de las esperanzas de la Confederación».



Pesquisa histórica



En la entrega segunda del *Museo Histórico* ha salido la biografía del precursor de la independencia argentina, don Juan Hipólito Vieytes escrita por el historiador Fregeiro; y como al trabajarla este señor, necesitara saber la fecha exacta del nacimiento de aquel prócer me decidí á buscarla para que se determinase con precisión la edad que tendría cuando comenzó la revolución de Mayo.

Para conseguirla hice una campaña que deseo sea conocida, porque sus datos servirán para que los utilicen otros que lleguen á investigar algo semejante.

Empezé por revisar los índices de los libros parroquiales de la Catedral al Norte, que están bien confeccionados y comienzan desde el año 1604, encontrando en ellos cuatro Vieytes, de los que ninguno era Juan Hipólito, siendo uno, Juan de la

Cruz y otro Juan Luis Gonzaga, hijos ambos de don Juan Vieytes y de doña Petrona Mora de Agüero. Eran nacidos en 1776 y como mi sujeto en ese año ya era estudiante, según los *Anales de la Universidad*, claro es que no podía ser ninguno de ellos.

Busqué en los libros parroquiales de San Nicolás que arrancan de 1749, en los de la Piedad desde 1727, y en los de Monserrat de 1769. En estos últimos había una Hipólita Vieytes, bautizada en 1865 y cuyos padres vivían en la calle de Zeballos 362. Creyendo que á pesar de los muchos años transcurridos entre su nacimiento y el de don Hipólito, hubiera algún parentesco, por la igualdad de nombres, recorrí casi puerta por puerta toda la calle hasta la de Independencia (límite de la parroquia) y donde no eran casas de reciente construcción, las habitaban extranjeros.

No obstante lo inútil que sería revisar los libros de San Telmo, Socorro y la Concepción, pues son de fines del siglo pasado, fui á verlos, por si encontrando el apellido, daba con algun sucesor ó emparentado con el gran patricio.

No hallé nada.

Entonces escribí al cura de San Fernando, pidiendo me enviara una copia fiel de la partida de defunción, porque se sabía que Vieytes murió en aquel pueblo, desterrado, á causa de la caída de la facción del general Alvear.

Dicho señor me mandó lo que transcribo:

«Certifico que en el libro de defunciones del año 1815 folio ochenta y dos vuelta, se halla la partida siguiente:

«En 7 de octubre de mil ochocientos quince, se pulté con un entierro mayor el cadáver de don Hipólito Vieytes, natural de Buenos Aires, de estado casado: testó y recibió los sacramentos... Se hallaba confinado en este pueblo por el gobierno de la patria, por graves motivos políticos; de que doy fé y para que conste, lo firmo en San Fernando

de Buena vista en el mismo día, mes y año.—Yo el cura propio.—Dr. Manuel de San Ginés.

«Es copia fiel de su original de que doy fé en San Fernando á siete de Junio de mil ochocientos noventa y dos.—Cornelio Vásquez.

Este documento establecía con exactitud el día del fallecimiento, que Vieytes era casado y que había hecho testamento.

Comprendiendo la importancia de esta última noticia y que en él se encontrarían datos interesantes que convenía conocer, me trasladé á San Fernando, visité al cura interrogándolo sobre su paradero y el de los restos del ilustre argentino.

Sobre lo primero me indicó que quien me daría datos era el escribano Chafué, pues en ese entonces los testamentos se extendían en los juzgados de paz y en cuanto á sus huesos, ellos podían considerarse perdidos, porque en 1815, se enterraba en la iglesia, la que fué donde existe ahora la casa municipal, y el cementerio era nuevo, siendo el viejo donde hoy se halla la quinta del señor Sauce.

Con tan desconsoladora noticia pasé á la oficina del señor Chafué, quien me dijo que todos los papeles de aquellos tiempos habían desaparecido; que los existentes no alcanzaban á más allá del año 1870 y que quizá encontraría el documento que deseaba en el archivo de los tribunales de esta capital.

Al día siguiente fui á esta oficina, donde se me permitió revisar los libros de las cinco escribanías existentes á principios del siglo y solo encontré una escritura de fianza de media-anata dada por don Hipólito á favor de su hermano el canónigo doctor Ramón Vieytes.

Con ese motivo tuve ocasión de leer el testamento de su compañero el eminente doctor Juan José Castelli; de imponerme de una escritura de venta hecha por nuestro almirante Brown á Brittain en 1806, de la que se saca en consecuencia que el glorioso marino, ya en ese año era propietario de los terrenos vecinos á la barranca de Marcó (hoy

quinta de Lezama), donde residió siempre y en donde según parece fué el sitio elegido por don Pedro de Mendoza, para la fundación de esta ciudad en 1536.

Desesperando ya de mis investigaciones me dirigí á los señores curas de San Isidro, Morón y Quilmes, para que registraran en los libros de sus respectivas parroquias, la partida que deseaba y aunque los primeros empiezan en 1706, los segundos en 1769 y los últimos en 1781 nada se encontró.

Pasaron algunos días que fueron de cavilación y desengaño, cuando deseando sacar las partidas de bautismo y defunción de los Rodríguez Peña, torné á hojear los libros de la Catedral al Norte.

En la página 187 del tomo 3 de defunciones, ví por casualidad la anotación del fallecimiento del coronel Forest que decía: «de 36 años, de Burdeos, casado con Carlota Joaquina, criada y educada por don Hipólito Vиейtes y su esposa Josefa Torres.»

Aquello fué un rayo de esperanza, pues no sólo se sabía con quien era casado Vиейtes sino que con ese dato esperaba encontrar la partida de matrimonio por el nombre de su esposa.

Infructuosa tarea! ¡No encontré nada!

El sacerdote que allí atiende con buena voluntad, cuando se impuso de mis afanes, me indicó que buscarse en la Curia, pues allí estaría el contrato matrimonial que necesitaba.

Salí é incansable en mi pesquisa solicité del señor notario, se dignara mostrarme los índices de sus libros de fines del siglo XVIII y principios del presente, época en que debió efectuarse el matrimonio.

Y la encontramos. La ceremonia tuvo lugar el 3 de setiembre de 1800 y les dió la bendición su hermano el canónigo.

Pero no decía la edad y sobre el lugar de su nacimiento no adelantaba más, que la partida de defunción si bien los nombres de sus padres eran los mismos que los de Vиейtes, Juan de la Cruz y Luis Gonzaga.

Tuve entonces otra idea.

—Señor, le dije, aquí se guardan los expedientes de los que quieren ordenarse?

—Si señor.

—Entonces le agradeceré me facilite el que corresponde al canónigo Vieytes, que debe haber tramitado al rededor del año 1800.

Y trajeron un mamotreto, dentro del cual estaba con el número 159, el expediente que quería.

Lo hojé nerviosamente y al final encontré la fé de bautismo, por la que resultaba ser nacido en San Antonio de Areco en 1764. Sus padres eran los mismos anteriores don Juan Vieytes y doña Petrona Mora de Agüero y en este documento se agregaba que ambos eran padrinos de confirmación de «todos los varones y mujeres que habían recibido ese sacramento simultáneamente» lo que manifiesta que eran personas de buena condición y respetadas en el pueblo.

En posesión de tan preciosos datos me acerqué al señor secretario del Arzobispo, para pedirle cuatro líneas á fin de que el cura de aquel partido me enviase copia de lo que necesitaba. Lo que hizo galantemente.

Supe en ese momento y con sorpresa que los libros parroquiales de Areco, empiezan en 1756

Tres días después recibí el anhelado documento que dice así:

«El infrascripto cura y vicario de este partido de San Antonio de Areco:

«Certifica que al fólío 71 del libro 2º de bautismos de esta parroquias se halla una partida cuyo tenor es como sigue:

«En el pueblo de San Antonio de Areco, en trece de agosto de mil setecientos sesenta y dos, yo el doctor Fray Cayetano Fernandez de Agüero, cura y vicario de Areco, bautizé solemnemente á Juan Hipólito, de un día, hijo legítimo de Juan Vieytes, natural de Galicia y de doña Petrona Mora de Agüero, natural de Buenos Aires y asistentes en

este dicho pueblo, siendo padrinos don Gregorio de Villa y doña Ana Fernandez de Agüero, á quienes advertí el parentesco espiritual y por él la obligación que contrajeron de enseñarle la doctrina. Fueron testigos don Juan Vieytes y Francisco Cano y lo firmé.—Dr. Cayetano de Agüero.»

«Concuerta con la original de su referencia, de lo que doy fé.—San Antonio de Areco, julio de 1892.—Pedro Muñagorri.»

Y aquí hacemos alto en nuestra excursión que ha sido como la subida de una cuesta, en cuya cumbre se aspira el aire de satisfacción que sigue á un esfuerzo de perseverancia.

Queda, pues, establecido que San Antonio de Areco es la cuna del inmortal Vieytes, y nada sería más justo ni más honroso que ponerle su nombre al pueblo donde nació, como un noble homenaje de gratitud póstuma





Suárez y Olavarría



Entre los héroes de la generación gloriosa que llevó á cabo la independencia de América, hay dos cuyos nombres irán siempre unidos, porque fueron en vida por la



amistad y por los servicios que en más de treinta años rindieron á la patria.

Ambos nacidos en Buenos Aires en los comienzos del siglo, sentaron plaza de cadetes en la misma época, hicieron las mismas campañas, hallándose en el sitio de Montevideo, en el Alto Perú, en Chile y en la cruzada libertadora que llevó San Martín á la tierra de los Incas como complemento de su inmortal empresa. Retirado aquél del Perú, por un acto de abnegación que la posteridad aplaude y admira, Manuel Isidoro Suárez y José de Olavarría, continuaron prestando sus servicios á las órdenes de Bolívar.

Estuvieron en la batalla de *Junín*, donde Suárez fué una de las figuras más sobresalientes ese día y en el mismo cuerpo asistieron á la de *Ayacucho*, siendo de los pocos argentinos que representaron á su patria, en aquella jornada, la última de la epopeya continental.

San Martín les concedió la medalla del ejército libertador, autorizándolos para usarla y «recordar con orgullo á cuantos participen los beneficios de la independencia, que tuvieron la gloria de pertenecer á él» y Bolívar les extendió los despachos de la más alta gerarquía á que llegaron en su carrera por haberse distinguido en las dos grandes batallas del año 1824.

Posteriormente, en la campaña del ejército republicano contra el emperador del Brasil, Olavarría con su regimiento de lanceros brilla entre los vencedores de *Ituzaingó*, y cuando la guerra civil les arroja del suelo de la patria, los dos se reúnen en el extranjero, actúan en las horas desgraciadas de una época trístisima, se retiran al fin y mueren bajo el mismo techo y con diferencia de meses, en la miseria, la soledad y el destierro.

Siete lustros pasaron sus cenizas esperando ser repatriadas hasta que la gratitud argentina fué á buscarlas en 1879, desde cuya fecha se guardan juntas y con amor en el cementerio de la ciudad que es su honrosa cuna.





El bastón de San Martín

Varias veces se ha suscitado la cuestión sobre cuál es el verdadero bastón que perteneció al general de los Andes y quién era el que lo poseía.

La casualidad nos ha puesto en conocimiento de algunos detalles [que á dicho bastón se refieren y creemos que, cuando se terminen de leer estas líneas, ya no se suscitarán más dudas, ni se discutirá sobre cual es el más auténtico.

Conocemos tres bastones y los que los conservan pueden garantir que los ha empuñado la misma mano que firmó el lacónico pero glorioso parte de *Maipú* y la famosa despedida del Perú.

De estos tres, uno está en el convento de San Francisco, en Mendoza; el otro en poder del doctor Estanislao S. Zeballos, y el último es propiedad del doctor Ángel Justiniano Carranza.

El que está en Mendoza, es más ó menos de un metro de alto, de cuerno, delgado, y poco flexible, el puño es un magnífico topacio, pulido, con engarce de oro y el regatón de acero, largo y en forma de punta.

Debe ser hecho en Europa y creemos que sería un regalo que recibió el gran Capitán, de O'Higgins, por intermedio de Álvarez Condarco ó de éste directamente.

Cuando después de *Maipú*, vino San Martín á Buenos Aires, buscando apoyo y elementos para ir á Lima, al pasar por Mendoza, entregó este bastón con la carta siguiente, que se conserva en el convento y es de puño y letra del eminente patriota.

«La decidida protección que ha prestado al ejército de los Andes su patrona y generala, nuestra madre y señora del Cármen son demasiado visibles; un cristiano reconocimiento me estimula á presentar á dicha señora (que se venera en el convento que rige V. S.) el adjunto bastón, como propiedad suya y como distintivo del mando supremo que tiene sobre dicho ejército.

«Dios guarde á V. P. muchos años.

«JOSÉ DE SAN MARTÍN»

Mendoza, Agosto 12 de 1818.

Estuvo depositado desde entonces en manos de la virgen, hasta que se derrumbó la matriz en 1861 cayendo aquella; el bastón se perdió por más de cuatro meses. Un día revolviendo escombros, se le halló incrustado entre una pared y un marco del nicho principal del altar.

Una vez en manos de los encargados de su custodia, éstos pensaron que era más propio que el bastón lo usase San José, que no tenía, y quizá por sus afinidades de sexo. Pero héte aquí, que de repente desapareció y estuvo perdido como dos años, hasta que el día menos pensado reapareció en el rincón de una celda.

Desde entonces parece que el temor de que se

evapore por completo, ha hecho que se lo dé á una señora de las principales familias de aquella ciudad, quien lo guarda más como objeto religioso, que como reliquia histórica.

La virgen del Cármen solo lo tiene en su poder el 16 de julio, cuando se hace la procesión.

No obstante estos datos y la opinión del respetable doctor Salas, padre guardián de ese convento, el bastón le ha sido negado al Gobierno Nacional, que creyó más conveniente se hallase en el «Museo Histórico».

El segundo bastón es uno, que según la crónica, lo tenían en el convento de Santo Domingo y lo alquilaban por dos onzas de oro á cada gobernador de Mendoza, para que lo usase mientras duraba su permanencia en el mando. Así sucedió por largo tiempo hasta que uno de ellos, don Pedro Molina lo compró en cuatro onzas y cuando llegó á manos del Sr. Joaquín Villanueva, éste se lo regaló al general Roca, quien se lo pasó al doctor Estanislao S. Zeballos.

El tercero es el que usaba en sus últimos tiempos el ilustre guerrero, cuando salía durante el invierno en París. fué enviado por la familia del General, hace algunos años, al doctor Ángel Justiniano Carranza, y forma parte de su abundante y espléndida colección.

No es extraño que los tres bastones sean de buen origen, pues cualquiera persona usa algunas docenas en su vida, como le pasaría al mismo general San Martín.



El último rastreador



La raza de *Calivar*, vá desapareciendo á medida que avanza el silbato de la locomotora ó el hilo del telégrafo.

Años atrás, cuando tropas de mulas ó de carretas cruzaban la República en todas direcciones, por las salinas, las pampas y demás prolongadas travesías que constituyen el desierto, todos los arrieros eran *rastreadores* ó *baqueanos*.

Los movimientos sociales de los pueblos, sus progresos civilizadores, barren los hábitos de su estado primitivo, dejando vagos vestigios y salvando raras veces los *tipos* que le dieron origen para su formación y cuyos rasgos caracterizan los tiempos que pasaron.

Nuestro país tuvo desde el siglo XVIII, el conocido con el apodo de *gaucho*, como Venezuela en el extremo de América, el *llanero*, mezcla ambos de español é indígena, nacidos y criados, el pri-

mero, en las *pampas* sin horizontes, el segundo, en las *sábanas* extensas del Norte con la libertad de los vientos de la llanura y el imperio y la fuerza de sus tempestades.

Aparecieron en la escena con el sacudimiento revolucionario, á principios de este siglo, después de haber vejetado durante el anterior, y las naciones del Continente, casi se puede asegurar que, deben su independéncia, en no poca parte, al sable de los unos y á la lanza de los otros.

Güemes y Páez son la encarnación de esa clase en las horas de luchas y de glorias.

Por desgracia, su acción se hace más sensible durante la guerra civil, en que sirven á los caudillos, les hacen peligrosos y poderosos y contribuyen, arrastrados por ellos, á la destrucción y á la anarquía.

Les siguen, por su afición al más valiente ó al más fuerte y esa tendencia les ha marcado su destino, exponiéndolos á la persecución de la autoridad, hasta que cansados, abatidos, dispersos, se han perdido en la sombra, dejándonos solamente el recuerdo de sus sentimientos y hazañas, y algunos pocos que sobreviven como reliquias simpáticas de una raza generosa y guerrera que ha acompañado á este país en sus oscilaciones y desdichas.

Quiroga, el Chacho, Guayama, presentan una de sus fases; son los gauchos políticos que estan envueltos, cada uno según su valer, en los acontecimientos desarrollados en la república desde 1820 á 1870—¡cincuenta años! El primero se paseó vencedor por una gran parte de nuestro territorio, gobernó pueblos y llegó á imponerse á los que mandaban, hasta sucumbir en manos de otro gaucho, perdulario y despreciable. Peñaloza, fué su teniente al comenzar la vida pública, (si es aceptable decirlo)—más tarde sirvió al partido unitario, emigró, volvió á combatir y es justo declarar que cuando se afiliaba á un bando, le era leal y lo acompañaba en los buenos como en los malos días

—en éstos vino á ser víctima y un oficial civilizado le cortó la cabeza, colocándola en un palo, en Olta, en el centro de los llanos de La Rioja, donde fué su cuna, el teatro de sus hechos y su sepulcro—Guayama, el último de los caudillos, si bien no el único, (pues Elizondo también tuvo su época de prestigio) fué valeroso y dió trabajo á las armas de la Nación, como tendremos oportunidad de demostrarlo por separado y con más extensión.

Calivar, Alico, Santos Vega, Chano, los unos con cualidades especiales, con talento poético los otros, cuyos rasgos y cuya fama durará en la tradición y la leyenda; los compañeros de Güemes; los eternos batalladores que han ensangrentado todas las zonas de esta rica tierra, humedeciendo sus campos con riego de abnegación y de heroísmo; y por último Juan Moreira y Juan Cuello y demás hombres valerosos, pero criminales, completan en parte los diversos prismas bajo los cuales puede conocerse y estudiarse el *gaucho*, hijo de la soledad y hermano de la desgracia.

Sarmiento ha sabido delinear ese tipo de nuestros pueblos y el *Facundo*, tiene sus mejores páginas en la presentación que hace del elemento social, que después juega papel importante en su antojadiza historia.

Lo cierto es que el *gaucho* fué causa del poder de los caudillos; sus masas formidables les sustentaron y ha sido preciso exterminarlos para que aquellos desaparezcan, reemplazándolos en su influencia algo que es peor, sin corazón, sin brazo y sin cabeza, los que se llaman compadres de levita.

Esto no obstante, aun cuando el *gaucho* haya servido á los falsos intereses del caudillaje, debemos hacer una salvedad para su descargo: siempre fué empujado á ese cruel destino, cambiando en muchas ocasiones el rumbo de sus aspiraciones ó el camino de sus esperanzas.

Martín Fierro, el poeta que ha gravado en la conciencia del pueblo una idea exacta de esa ver-

dad, nos enseña en cada página que el hostigamiento tenaz, inflexible é implacable, ha hecho criminales á ciudadanos que pudieron ser útiles y honrados.

Algún día se dirá quiénes fueron los autores de la extinción de una clase tan sin razón odiada y tan sin motivo perseguida.

Hemos viajado desde muchos años atrás y cruzado casi palmo á palmo la tierra de la patria, y después de conocer, desde los payadores de fogón que narraban las fechorias de los indios en las fronteras del sud, hasta los simples cantores de pulperia y hasta los gauchos valerosos y hercúleos, oyendo la relación de sus crímenes, que impresionaban mas que el desierto, en que se muere abandonado y en silencio, he considerado que el *vastreador* es por su misterioso talento el más digno de ser salvado del olvido, haciéndolo conocer y haciéndolo estimar.

Él se bosqueja mejor, manifestando sus obras.

La Rioja fué por lo común la cuna de esos gauchos, debido quizá á que la mayor parte de sus hijos son arrieros y sus comarcas áridas, vastas y despobladas.

En los confines del Este de aquella Provincia, después de un continuado arenal, al Sud del Famatina, en las faldas de la sierra y tras unos pequeños *morrós*, está la población de Villa Argentina, cabeza del departamento de Chilecito.

Allí nació Estanislao Díaz por los años 1822 ó 24, de padres bondadosos y humildes.

Joven aún, dejó el hogar obligado por la miseria, que, siendo tan frecuente en aquellos parajes, disuelve la familia, dispersando á sus miembros en busca de pan y de trabajo.

Díaz se dirigió á la Provincia de Catamarca y

se colocó de potrerizo en el ingenio de Amanao que fundaba en 1851 el mendocino don Anselmo Segura.

Allí, dentro de las montañas, en sus profundas quebradas y ásperas cumbres, hizo el aprendizaje y nació la fama de que goza en más de cien leguas á la redonda de su localidad.

Hoy le llaman por sus años *tata* Díaz, y de Amanao apenas existen las taperas, que indican al caminante que en dicho lugar existió el primer establecimiento de la República, en donde se fundieron metales y donde se agitaron, cinco lustros atrás, más de trescientos habitantes.

De estatura elevada, cuerpo musculoso, color trigueño, cabello abundante, barba rala y escaso de canas, mirada al parecer vaga, pero fija y penetrante, inclinada hacia el suelo, Díaz se halla aún en pleno uso de sus facultades mentales, pero en decadencia las fuerzas físicas.

Nadie doma con mayor facilidad un animal arisco; ni le enlaza con más precisión, aun en la oscuridad; ni le sujeta sin dejarse arrastrar; ni se conserva más firme en las marchas incansables y fatigosas de la mula, ora en el llano, ora en las cuestas y laderas que aburren y fatigan al viajero.

No hay una marca en las provincias de Catamarca, Rioja y Tucumán que él no conozca. Habla con detalles sobre cualquier animal que padece en los campos de aquéllas y rara vez se equivoca.

Su casa han sido los ingenios.—De Amanao, pasó á Pipanaco, sobre la falda occidental del Ambato y á pesar de que hace quince años que se trasladó á la Constancia, *ño* Díaz ha quedado como uno de los guardianes del estinto establecimiento, sin desear trasladarse al nuevo.

Cuando las tropas que bajan el metal de las mismas ó se preparan á cargar cobre para Chumbicha ó conducen vinos, pasas, algarroba, etc., etc., paran en el ingenio, Díaz, en la puerta del corral, recostado en la tranquera, está callado, reconociendo una por una las mulas; sabe de donde son, los dueños que han tenido, la maña ó defecto de que adolecen y hasta el precio á que se han vendido.

He presenciado varios casos en que los dueños, arrieros veteranos, se le acercaban á averiguar sobre sus propios animales.

Una vez me contaron que conocía la pisada de todos los que habitaban en Pinapaco, cosa que parecía increíble, pues en esa época dicho establecimiento tenía una población de más de doscientas almas, de las que el que no andaba descalzo usaba ushuta, que hace más difícil distinguir la forma del pié.

En cierta noche que transidos de frío, rodeábamos una lumbre al pié de la cuesta del Molle, le pregunté si aquello era cierto y entónces con toda naturalidad y sencillez me habló de esta manera.

Hace algunos años venía del fuerte de Andalgalá (distante 14 leguas de Pipanaco) y por delante ví el rastro de un hombre.

Apenas llegado me acerqué á los hornos, preguntando á los que allí estaban, quien había llegado, pues parecía de *afuera* el rastro que encontraría.

—Ese hombre que está allí, me dijo el maestro Ibáñez, señalando al estraño.

—Efectivamente no era de la casa, me agregó Díaz.

—¿Y cómo pudo vd. adivinar?

—¡Oh! cómo no los he de conocer, si les veo el rastro todo el día.

—No importa, le repliqué, las ushutas son casi iguales.

—Unas tienen algo de diferencia con las otras... yo no sé, pero las conozco, me respondió, sin poder explicarse él mismo la ciencia de que era uno de sus poseedores.

—¿Y á los que están en la Constancia, los distingue?

—Como voy poco no me fijo, pero si viviese allí, puede que sí.

—Bueno, cuando salgamos para Belén, quiero que me acorte el camino contándome alguna de sus rastreadas.

Tres días después y al caer la tarde, estábamos sobre las mulas en marcha á Belén. Había que cruzar veinte y cinco leguas de médanos con montones de algarrobo en una parte y de pequeños pero pedregosos cerros en otra. Sin agua, sin población, es jornada forzosa, que debe hacerse en una noche, siguiendo los palos del telégrafo para no estraviarse, pues aun de día es fácil que así suceda, porque los vientos borran inmediatamente la huella y los árboles y las sierras, una vez que desorientan, hacen perder por completo la cabeza.

Cuando pasamos el Pozo de Carrizo, exigí de Díaz que cumpliera su promesa y comenzó de esta manera:

«Me encontraba en Choya, donde fui á buscar unas mulas del Establecimiento. Esa tarde se había escapado un individuo robando un caballo; el juez que supo mi arribo me mandó llamar y dándome un gendarme, me pidió alcanzase al fugitivo y lo condujese preso.

Salí de madrugada y seguí el rastro. Bajé la cuchilla de Choya y enderecé al camino que por el costado de los cerros viene á Belén. Habíamos andado como quince leguas, cuando se nos hizo noche y entonces indiqué á mi compañero que nos recostásemos bajo un árbol y á orillas del camino para esperar el día. Cuando éste asomó volvimos á marchar y á poco andar, conocí que el prófugo había retrocedido en la tarde y después de algunas cuabras, cambiando de rumbo se dirigía al Valde de Moreno, hácia los médanos, donde el rastro podía desaparecer pronto. Felizmente no se perdía por completo y allá como á las dos de la tarde, divisé polvo á lo lejos delante del camino.

«¡Allá vá! le dije y es necesario que vd. lo siga, mientras yo le salgo al encuentro para cortarlo». Apreté las espuelas é internándome en el monte prendí galope por mas de seis cuabras.

Ibamos bien montados y él marchaba al tranco.

Le gané la delantera y apuntándole con una carabina le intimé que se entregase. El pobre se asustó y ahí no mas, quieto, se dejó atar, llevándolo á la casa del juez como á la media noche.

—Me pagó, dos pesos, añadía, riéndose.

Otra vez se había escapado del Ingenio un peón llevándose un burro y aunque el asunto no tenía mayor importancia, el administrador le llamó, encomendándole la tarea de tomarlo.

Como él no estaba en el momento de la fuga, se le mostró la pisada del animal, cerca del corral, donde se confundía con las del ladron y esa tarde costaba la falda de la sierra del Molle.—Llegó á la puerta de la quebrada y á pesar de que el camino es una senda, entre pedregales, pero cruzada á menudo por un hilo de agua que baja de las

alturas, Díaz comenzó á trepar hasta que la noche le obligó á detenerse. Al alba continuó tras el rastro—hubo un momento de duda—el rastro se perdía y era difícil calcular hacia que lado había salido el prófugo por las piedras y yuyales.—Se apeó y comenzó á tocar el pasto, hasta que donde sintió húmedo encontró la huella imperceptible de su presa. Este, maliciando que Díaz viniese, buscaba esconderse en el cerro, pero allí, en una altura, enderezando por lo más escarpado de él, en un rincón á más de tres cuadras del camino de entre breñas y jarillales fué sacado el dueño accidental del asno.

Durante el año de 1874, cuando se colocaron los postes del telégrafo entre la Villa Argentina y Tinogasta, se escapó del campamento un peón con un caballo, llevándose una mujer enancada.

Díaz, recibió la comisión de despojarlo.

Le llevaba dos días de camino—pero no importa; vá bien montado y con muchos bríos. Le han tocado el amor propio, diciéndole que su campeada será inútil.

Preparados los bastimentos hasta hinchar las alforjas y llenados los chifles uno con ginebra y otro con agua, se dirigió hacia Córdoba—caminó cinco días, preguntando, tomando el rastro, hasta que en los bordes de las Salinas, donde ahora se halla la estación Recreo, les alcanzó, haciéndoles volver con ayuda de la policía.—Había recorrido más de ciento y tantas leguas en menos de quince días.

En otra ocasión, volviendo de Choya al ingenio, ocho leguas de arenales y despoblado, encontré dos

mulas de la casa.—Llegué á las diez de la noche y avisé á Díaz.

—«Ya sé cuales son, me dijo, hace como tres meses que andan perdidas y creí que las hubieran llevado para Tucumán».

Salió á la madrugada y antes de seis horas entraba á los corrales del Establecimiento, arriando las dos mulas y otros animales que había encontrado sueltos en el campo.

Su andar es rápido y siempre va silbando despacio.

Sabe las horas del día por el sol; las de la noche por las estrellas ó la luna; y cuando es nublado, al cálculo acierta.

Si se le indica la hora en que hay que continuar la marcha—se despierta con exactitud, se incorpora sin pereza é inmediatamente acerca las cabalgaduras, las ensilla y apareja las de carga.

Si mientras duerme siente que los animales se retiran de donde los ha *largado*, se levanta envuelto en sus *colchas*, sale á juntarlos ó acollarlos con la madrina, para que no se alejen ó dispersen.

Él sabe en todos los caminos donde hay un árbol que dé sombra, una casa para alojarse, un punto donde se pueda descansar, una aguada, todo en fin lo que convenga en aquella circunstancia; creo que sabe hasta donde hay una piedra en los médanos y un merlón en los pedregales.

Inútil es decir que conoce en los pueblos, los que tienen potreros de alfalfa ó de cebada ó chacras cuya cosecha se ha hecho, donde hay ramoneo ó *pastito* para los animales—todo lo prevé, lo averigua, lo avisa y lo examina.

Su oído en el silencio de la noche es de una fi-

neza admirable; él anuncia que viene gente por gritos que no oyen los demás, pero que la observación y la costumbre le hacen distinguir.... «tiene los secretos de la montaña—conoce la voz y el significado de los ruidos que vagan de día y de noche como extraviados entre las quebradas, y sabe correr por las laderas y los precipicios, aun en medio de las tinieblas».

Si vé rastro dice si es tropa ó pasajeros los que ván.

Sabe cuántos animales transitan cargados ó si van sueltos.

Si es por caminos muy conocidos de las tropas que él vé á menudo, manifiesta cuál es.

Su vista es como el telescopio, pues donde otros no ven mas que un bulto, él dice lo que es, y si es animal que viene, montado ó cargado.

Contábale en esa noche de viaje al pueblo de los tejidos de vicuña y apetitosos alfajores, lo que ha escrito Sarmiento sobre Calivar, preguntándole si él sería capaz de hacer lo mismo.

—Según! era la única contestación y con su modestia característica admiraba los hechos del célebre sanjuanino y me nombraba otros rastreadores que había conocido.

De todas las *cuestas* que hay en la República, la de Escaba, en la provincia de Tucumán, es la más horrible cuando llueve. Y soy de opinión, por haber pasado las de Chilecito, Zapata, Chilcas, Cuar, Choya, Totoral (antigua,) que son muy ásperas, pero no tan peligrosas, semejándose en esto último, sólo á las laderas de Singuil.

No tiene piedras, pero es empinada y en un bosque; mana continuamente agua de su tierra esponjosa y greda, poniendo el piso como jabonado,

cuya misma blandura ha hecho sanjones en el caminito, que dejan las mulas con su paso medido y continuado.

Hay puntos en ella, en que, encajonados animal y jinete entre sus barrancas, tienen que largarse las riendas, para que se deslice entre el barro de la senda que en no pocas ocasiones está cruzada por las raíces de los cebíles y otros árboles, produciendo caídas desgraciadas.

Una tarde nos tomó la lluvia en la altura, cuando apenas divisábamos las chacras de Escaba en el fondo del delicioso y fértil valle. Oscureció cuando de él descendíamos. No se veía ni las manos. Imposible hacer fogatas, por que la leña estaba mojada. No daban luz los fósforos por que el viento lo impedía. Y no era posible pararse en el bosque por temor al aislamiento y á las tinieblas.

Nos apeamos para tirar las mulas que no obedecían á la chicotera, ni á las espuelas. El muchacho que iba adelante lloraba de miedo—no veía el camino y se caía y golpeaba á cada instante. El cansancio y el hambre contribuían mas á desesperarnos.

Díaz creyó que el momento *psicológico* había llegado. Pasó adelante tirando de su mula, comenzó á golpear el suelo y por el pasto que tocaba, que arrancaba llevándolo á la boca, decía con voz segura:—*por aquí*.

Una hora después, azonzados, molidos, llegábamos á los primeros ranchos maquinalmente, sin la conciencia de lo que habíamos andado y entre el asombro y ponderaciones de los que nos hospedaban.

En todas partes Díaz es respetado. Habla poco y las gentes lo escuchan con atención y como asombradas. Aunque serio y algo retraído, los muchachos le quieren y aprenden á ser hombres á su lado. No les hace demostraciones de cariño, pero tampoco se enoja con ellos.

Honrado á carta cabal, conduce fuertes cantida-

des de dinero y es ocupado en las comisiones de más responsabilidad y confianza. Es reservado y fiel.

Reune las condiciones que se requieren para ser *baqueano*;—«encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva; él sabe á qué aguada remota conduce: si encuentra mil y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y á dónde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba ó más abajo del paso ordinario, y esto en cien arroyos ó ríos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconvenientes, y esto en cien ciénagos distintos.»

Ese es Díaz, acreedor á ser salvado del olvido para que puedan valorarse sus calidades y su genio extraordinario é inesplicable.

Pronto se irá.

Preguntamos no ha mucho á una persona que venía de sus pagos:

—¿Y Díaz?

—Abí está muy viejo y ya remolón.





Anécdotas y Tradiciones

Bolívar era imperioso con sus Generales. Cuando estaba irritado, se los llevaba por delante sin consideración á sus títulos, á sus servicios, ó á sus condiciones. De entre ellos, Sucre era el que mas distinción le merecía y es conocida aquella frase que se le escapó al inaugurar las sesiones del Congreso Admirable: «que era el mas *digno de los generales de Colombia*», expresión que resintió á los demás, creando una emulación que no tardó en demostrarse por la frialdad, desercion y hasta odio que le manifestaron poco después.

En el intervulo de *Junin* á *Ayacucho*, le había dado una comisión para que hostilizara al enemigo, y sea por la falta de elementos ú otra causa que no conocemos, el futuro vencedor de aquella última, no la cumplió satisfactoriamente.

Estaba de vuelta en el campamento y vivía bajo el mismo techo con nuestro arrogante Necochea. Una noche, nervioso el Libertador, trató duramente al mártir de Berruecos. Las carpas en que se cobijaban no eran distantes y Necochea oía en si-

lencio la *raspa* tan injusta con que rociaban á su compañero y amigo.

Necochea como todos los oficiales argentinos, era altanero y por eso no los aguantaba Bolívar. Después de un momento Sucre entró á la carpa cábizbajo y triste, y notándolo Necochea, le dijo: ¿Qué le pasa, amigo? El libertador se ha disgustado. ¡Por qué no lo echó al... diablo, amigo! exclamó con voz tonante y lleno de ira el héroe del *Tejar*.

Bolívar debió oírlo, pero no se dió por aludido.

El indio Medina, salteño, era un oficial del ejército de los Andes que había conquistado sus ascensos con la lanza. Era un tipo tremendo, que cuando se ponía en *chispa*, salía á la calle del pueblo en que se encontraba y blandiendo el arma terrible, decía: «Aquí está Medina; el que quiera medirse con él, puede ponerse al frente!» Y nadie chistaba.

Bolívar que le conocía y sabía de lo que era capaz, cuando le avisaban de alguna guapetonada ó barullo en que tenía parte, contestaba: «ah! es Medina, déjenlo!»

Este mismo, encontrándose en un banquete que se dió á aquél cuando se proclamó la independencia de Bolivia y oyendo que sin cesar se brindaba en su honor, por Colombia, por la nueva nación y por las armas del caudillo, sin hacer mención para nada de su patria, se levantó con una copa en la mano y enseñando la escarapela azul y blanca de su sombrero, dijo: «Brindo, señores por esta escarapela argentina, que tantas victorias ha dado, que siempre y en todas partes ha sido gloriosa compartiendo sus laureles con las demas naciones!»

Otra vez, fué indicado para decir el discurso de

recepción al Libertador y cuando éste se acercaba ufano y rodeado de gran séquito, lo detuvo para cumplir su encargo. Exmo. señor—Exmo. señor—Exmo. señor.... *Caramba!* esta mañana lo sabía como agual Este corte inesperado del *speech*, produjo la hilaridad de todos los asistentes incluso la del soberbio caudillo que no la pudo contener.

Después de *Junín*, la gran figura del ejército español en América es el general Gerónimo Valdez, un bravo y astuto asturiano, de cuarenta años oficial aguerrido y más que todo humano, lo que no era poco, tratándose de los representantes de la metrópoli en la guerra de la emancipación americana.

Él fué el alma de la campaña de los últimos cuatro meses de 1824 y tocóle mandar las tropas en *Matará*, último triunfo de las armas de aquélla, en el Continente.

Entre *Matará* y *Ayacucho* los contendientes se movieron continuamente, sospechando sin duda que se acercaba la jornada definitiva para ambos.

Canterac, que ya conocía el empuje de sus adversarios, le hacía notar lo que eran los *gauchos*, que ocasionaban las bromas de sus compañeros, y Valdez, impaciente, ardoroso, deseaba demostrar que no merecían otro nombre.

El día 9 de diciembre fué Valdez como jefe de vanguardia el primero que rompió el fuego y un rato después la batalla se hizo general, reñida, formidable, hasta quedar deshecho el español y dueño del campo el ejército patriota

Valdez fué el último en aceptar la capitulación, cuando sus compañeros le demostraron que era inútil la resistencia, y aquel hombre de fierro y

bien templado corazón, que estaba cansado, desvelado, por el esfuerzo de esos días, solo así aceptó tránzar.

Cuando se presentó á Sucre, éste le recibió en sus brazos, y notando cierta desazón en él, le preguntó:—*¿Qué quiere Vd., mi General?*

—*Dormir!*—contestó el heróico veterano, *porque hace cinco noches que no lo hago.*

Después del reposo, el noble vencedor le hizo nuevamente la pregunta y Valdez manifestó que se le permitiese llevar á España la espada que era un regalo de la municipalidad de Arequipa, y dos camisas bordadas, que eran las únicas que le quedaban de las que trajo ocho años antes.

Después de *Ayacucho*, el general Alvarado que mediante ella había conseguido su libertad, residía temporalmente en Arequipa, el año 1825, en casa de su amigo el Prefecto Tristán. Bolívar pasó por esta ciudad en un viaje de revista por los departamentos del Perú y al conocer personalmente al General argentino, aceptó una invitación que se le hiciera para comer un *asado con cuero*, en la casa en que éste se alojaba.

En efecto, el día antes de partir para el Cuzco, tuvo lugar la fiesta, encontrándose presentes los nombrados, y los generales colombianos Silva, Lara y otros, los coroneles argentinos Deheza, Moyano, etc.

La mesa había sido festiva y agradable. Pero terminada que fué y hallándose Bolívar algo *cargado* por el excesivo champagne que tomara, tuvo una fuerte discusión con Deheza, porque éste le sostenía que iba errado en creer que la República Argentina necesitaba de libertadores, pues ésta no

aguantaría expediciones extranjeras y ménos tiranos.

Bolívar se exitó y saltando sobre la mesa, la atravesó haciendo pedazos la vajilla y cuanto encontraron sus tacos y espuelas, exclamando: Así, así, he de pisotear la República Argentina!»

«La *pinga* mi general» le gritó Deheza, que también estaba acalorado y era impetuoso y bravo, y se disponía á continuar la escena; pero la interposición de Alvarado y los jefes colombianos, dió término á ella, no sin dejar estupefactos y desagrados á los que la presenciaron.

—

«Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto, que recibe el nombre de *travestía*. El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* ó algibe de campo, sin proveer los *chifles* de suficiente cantidad de agua.

Así empieza Sarmiento la *Vida de Juan Facundo Quiroga*, y es en ese mismo teatro donde tuvo lugar la escena que vamos á referir.

Antes debemos decir que, en efecto, esa extensión de campo solitario que comunica cierta tristeza al espíritu cuando se le mira y se sabe por experiencia propia que es un arenal, sin agua, sin población y sin recursos, tiene una solemnidad de que carece la pampa. Ésta es inmensa y se pierde en el horizonte, pero su falta de árboles, el color amarillo que le dá el seibo ó las colinas y cañadas que presenta de vez en cuando la hacen simpática, aunque imponga por su soledad y extensión.

Los campos, que parece indudable han originado el nombre de *Cuyo* ó país de la arena. á las tres provincias que le componen, tienen arbustos y en general algarrobos, breas, retamas y otros árboles que ocultan desde lejos su esterilidad y su monotonía.

Las *represas*, que existen cada cinco ó seis leguas, casi siempre están secas, y si se agrega que hay parajes como el *Balde*, que está situado en uno de los bajos más pronunciados de aquel desierto, que el pozo artesiano ha encontrado agua solo á 600 metros se tendrá una idea del desamparo y de la desesperación que sufrirá el viajero que se encuentre sin agua y con sed en aquellas comarcas.

Por ahora esa zona es inútil para la ganadería, para la agricultura y para todo lo que puede constituir una producción ó un adelanto en las provincias que la poseen. Correrán muchos años para que el esfuerzo de los hombres la beneficie y mientras tanto será la guarida de los prófugos, que la necesidad acerca en busca de alimentos á la sierra del Gigante, que se levanta como una joroba en su silenciosa extensión.

Allá en los comienzos de la anarquía que sucedió á la guerra de la Independencia, se había escapado de San Luis un clérigo español con cuatro negros. Vivía en la escarpada llanura saqueando á los viajeros y dando malones á las aldeas que están en sus bordes.

Las autoridades no podían darle caza y agotados todos los medios que se pusieron en práctica para conseguirlo, un buen día se le ocurrió al gobernador Videla de San Luis que entre sus habitantes estaba el antiguo miliciano don Tomás Palma, que por su astucia, coraje y energía sería capaz de hacer una obra buena, quitando del medio al trabajoso apóstol.

Le mandó llamar y le propuso que llevara á cabo la empresa, la que sería bien recompensada.

Palma aceptó y se limitó á pedir veinte bueyes flacos y dos vaquillonas gordas, dejando á su cuidado lo que resultara.

En balde insistió el mandatario en pedirle explicaciones y ofrecerle otros recursos. Palma guardó silencio y no quiso más.

Concedido que fué; al día siguiente el pueblo puntano veía salir por entre las tapias de sus calles, los veinte bueyes flacos, las dos vaquillonas gordas y á Palma con un peón viejo, ambos caballeros en sus mulas.

Entró al desierto, y cuando calculó que estaba cerca del sitio en que andaría el clérigo, acampó y después de carnear una vaquillona se puso á hacer un charqui.

Tres días llevaba en esta tarea, cuando se presentó el clérigo con dos negros y acercándose al fogón, sin apearse, empezó á hacerles preguntas sobre su viaje, pidiéndoles datos sobre San Luis y algunas de sus personas más conocidas.

Palma, que conoció al truhán por los datos que le habían dado, se hizo el indiferente, le manifestó que hacía ya algunos días que salió de San Luis, encargado por su patrón de llevar esos animales á San Juan, pero, como estaban tan deshechos, apenas podía marchar y como no era del pago ignoraba todo cuanto le preguntaba y no conocía á nadie.

Como el clérigo viera que eran dos viejos desconocidos é inofensivos, se bajó de la mula y se acercó al fogón.

Al mismo tiempo y con descuido el peón de Palma, sin dejar el garrote que tenía en las manos, se alejó hácia donde estaban los negros y trabó conversación con uno de ellos.

Palma sacó un poco de tabaco del tirador y se puso á armar un cigarrillo, y una vez concluido se lo ofreció al clérigo. Este lo aceptó y cuando se agachó á prenderlo, un fuerte talerazo en la cabeza lo derribó por tierra.

Simultáneamente su peón hacía la misma cosa con el negro que tenía á su lado, lo que visto por su compañero disparó, al encontrarse solo.

Al momento los ataron, y colocándolos sobre sus propios animales, recogieron el ganado y ocho días después entraban en San Luis con la presa, los veinte bueyes flacos y una vaquillona.

Fué recibido con una ovación y no aceptó recompensa más que para el peón.

Cuando le decían que contase cómo se le había ocurrido una estratajema tan ocurrente y feliz, contestaba: *A los frailes hay que tomarlos con ciñuelo.*

Cuando volvía de Chile para Buenos Aires el veterano de la independencia, coronel José Melión, conversando una noche de los tiempos gloriosos de la vieja Mendoza, que no tardaría en desaparecer, narró el siguiente episodio que deseamos se conozca por la posteridad.

Don Pablo Palma era uno de los hombres acaudalados que tenía Cuyo al principiar la revolución de Mayo, y San Martín al trasladarse á Mendoza como Gobernador de aquella intendencia, ya con el pensamiento de atravesar esos Andes que allí se levantan majestuosos, trató de tomar relación con los ricos, que serían los que más podrían ayudarlo en su colosal empresa. Al mismo tiempo comprendió que la manera de sacarles el dinero que necesitaba era declararlos *godos*, para con ese pretexto poder apretarlos y ellos se vieses entonces en la necesidad de no negar cuantos recursos ó contribuciones les pidiera.

Palma sabía que esa calificación era una sentencia. Una mañana se le presentó San Martín de vi-

sita y estuvo cortés, pero seco con él. Palma conoció que lo filiaba y se dispuso á parar el golpe.

Apenas se retiró su visitante, pensó que debía madrugarlo y como tenía tertulia de juego en su casa, se dispuso á desprenderse de todo el dinero que esa noche ganase.

En efecto, el hombre anduvo afortunado y se levantó diez mil pesos, los que colocados en una talega los guardó con una cartita en que se los ofrecía al Gobernador para los primeros gastos del ejército.

Por la mañana bien temprano llamó á su hijo el jovencito José Ceferino Palma y le mandó á casa de San Martín con recomendación de que entregase todo en propia mano.

El general de los Andes dormía. Como el joven insistiese en que debía verlo, el asistente le llevó la carta dándole la razón de su importuna presencia.

Leerla y vestirse fué obra de un momento y salió hasta la puerta para conocer al conductor, á quien hizo entrar y agasajó de mil maneras.

D. Pablo Palma sentó con aquel acto su reputación de patriota y fué gran amigo de San Martín.

Seríamos injustos y no debemos callar, que Palma en adelante no necesitó de ganar en el juego para dar, en obsequio de la libertad de su patria, dinero, elementos y cuanto se le pidió ó él creyó que faltaba. También dió á su hijo José Ceferino que marchó á la campaña libertadora regresando con el grado de sargento mayor y las condecoraciones honrosísimas ganadas en los campos de gloria que, con marca indeleble, señaló nuestro ejército en la república de Chile.

San Martín recordó á Palma con elogio todavía en Lima, presentándolo á la consideración de la América como uno de sus más leales y generosos servidores.

Durante muchos años tuvo gran influencia en Mendoza, sobre todo de 1820 á 1830 la familia de Maza; y con razón, pues eran patriotas probados, honorables y de posición acomodada.

También figuraba ya en aquellos tiempos el coronel Lorenzo Barcala que, aunque hombre de color, tenía servicios prestados á la Provincia, era todo un caballero y acababa de tomar parte en la guerra del Brasil.

La sociedad mendocina le consideraba y sus hombres más notables le trataban con la distinción que merecía.

Por entonces la familia de Maza abrió los salones de su casa en honor de algunos huéspedes importantes que tenía, entre los que descollaba el gobernador de San Luis, doctor José Santos Ortiz, el mismo que más adelante yendo con Quiroga, fué asesinado en *Barranca-Yaco*.

La noche de la reunión en casa de los acaudalados mendocinos, se hallaba entre los concurrentes el coronel Barcala, quien deseando hacer un acto de galantería con la dueña de ella, fué á invitarla para que lo acompañase á bailar una cuadrilla.

La señora de Maza, que tenía visos aristocráticos y se hallaba envanecida por la posición que entonces ocupaba, se negó á hacerlo, manifestándolo con cierto aire despreciativo, que fué observado por algunos de los tertulianos. Uno de esos fué el doctor Ortiz quien, al notar el desaire, que dejó entre resentido y estupefacto al coronel Barcala, se dirigió á donde estaba su hija y levantándola de su asiento fuese junto el bizarro negro para decirle estas palabras: «Señor coronel, sírvase honrar á mi hija, bailando con ella.»

Como en efecto lo hizo en medio de la sorpresa de los unos y la satisfacción de los demás.

Don Benjamín Vicuña Mackenna en su afán de engrandecer á don José Miguel Carrera, ha pretendido denigrar al benemérito mendocino José Albino Gutiérrez, por lo que es justo y necesario demostrar que fué un patricio honrado y culto.

Se sabe que reconociéndose sin aptitudes para batir al caudillo chileno, cuando venía sobre Mendoza en 1821, no tuvo inconveniente sin embargo, en aceptar el mando de las fuerzas que debían salir á campaña y que destruyeron al enemigo con espléndido resultado en la *Punta del Médano* el 31 de Agosto del mismo año.

Ese hecho de armas, que le valió el agradecimiento y la simpatía de sus compatriotas y especialmente del pueblo que estaba amenazado por el invasor, como también el aplauso del eminente O'Higgins, ha sido la causa de que el fecundo escritor de allende la cordillera no haya perdonado ocasión de presentarlo como un hombre vulgar, imbécil y malvado....

Pero dejaremos el preámbulo para contar lo que hace al caso y que es objeto de estas líneas.

Allá por el año 30 y tantos, cuando la guerra civil asolaba la República, uno de sus caudillos puso una fuerte contribución de dinero á los principales de sus adversarios.

Uno de ellos, don Agustín Aguirre, debía entregar, en el término de 24 horas, la suma de 500 pesos; encontrándose en descubierto, salió á la calle en busca de quien le completase lo que le faltaba.

Sus esfuerzos habían sido inútiles y ya se retiraba triste y pensativo á su hogar, cuando encuentra en su camino al general Gutiérrez. Como éste se detuviese, preguntándole el motivo de su pesadumbre, manifestóselo Aguirre, con palabras comedidas, como para no herir su susceptibilidad partidista, pero quejándose de la arbitrariedad, concluyó por pedirle su ayuda en trance tan apurado.

Al oírle, Gutiérrez sin titubear, dió arrogantemente un paso hácia atrás y sacando su petaca,

tomó todo el dinero que en ella había, que entregó á su solicitante, diciéndole: «Tome, amigo, y si no le alcanza, agregue esto más.» Y haciendo ejecutivas sus palabras, se sacó el reloj, poniéndolo en las manos de su amigo y adversario político, quien poco después se lo devolvió con el dinero y la gratitud.

Como este rasgo tiene otros el general Albino Gutiérrez, que los haremos conocer oportunamente, para que el juicio de la posteridad no se extravíe y pueda apreciar como merece la memoria del digno ciudadano, tan modesto como desinteresado.

El vencedor de *Ayacucho* sintióse lleno de amargura cuando en la sublevación de los «Granaderos á caballo» de Colombia, el 18 de abril de 1828, fué desconocido por sus propios soldados, que no tuvieron miramiento en dispararle sus armas, rompiendo el brazo que en aquella memorable jornada selló la emancipación americana.

Entonces ya no titubeó en cumplir sus más ardientes deseos—dejar el mando y retirarse á la vida privada—y lo delegó en el general José María Pérez de Urdininea. Poco después, la Asamblea nombró al coronel Pedro Blanco, con cuyo asesinato empezó en Bolivia la serie de tragedias que han tenido por teatro los despachos de los magistrados.

A consecuencia de estos disturbios, Urdininea tomó el camino del sud, internándose por la quebrada de Humahuaca á la República Argentina, que ya conocía y donde era merecedor de atenciones por sus antiguos servicios.

Llegó á la ciudad de Salta en momentos que gobernaba el canónigo y coronel doctor Juan Ignacio Gorriti, quien, por razones que no conocemos, tenía mala voluntad á nuestros vecinos de arriba.

Urdininea lo ignoraba y creía que sus antecedentes y su triste posición le darían títulos para ser acogido con afecto y simpatía.

Acompañábale un *mozo de mano*, que llevaba de tiro la mula de carga.

Enderezó á casa del gobernador, le dió su nombre al centinela ó guardian y se detuvo, esperando que ello sería suficiente para que le brindase hospedaje.

El guardian llegó hasta la habitación en que estaba Gorriti y anunció el viajero.

—¿Viene solo?

—Sí, señor.

—No puede ser. Vaya Vd. y fíjese bien.

El guardian regresó á la puerta y se asomó á la calle, convenciéndose de que los acompañantes del general eran un peon, las dos mulas de silla y la aparejada.

Volvió nuevamente y repitió: *Señor, viene solo.*

— Es imposible, replicó desagradado el coronel canónigo, porque el boliviano nunca anda solo. Son el boliviano, el diablo y la mentira.... Pero digale que pase, pues viene en desgracia y es nuestro deber asilarlo.

De fines de 1818 á Marzo de 1819, ocupó el interinato de la gobernacion intendencia de la provincia de Buenos Aires el general Eustoquio Díaz Vélez, uno de los primeros patriotas de la revolucion de *Mayo* y de los guerreros que mejores servicios tienen desde 1806 á 1817, en que comenzó á alejarse de la milicia para atender sus establecimientos rurales.

Su padre, don Francisco Díaz Vélez, era un comerciante español, rico, que había desempeñado diversas comisiones honrosas y delicadas del go-

bierno de la Metrópoli. No obstante el amor á su patria de origen, le sucedió lo que á otros muchos peninsulares, y es que sus hijos nacidos en América entraron decididamente en la causa de la independencia, ahogando sus sentimientos de cariño y respeto filiales, para contribuir al triunfo de la nueva idea proclamada en el Cabildo de 1810. Él no les estorbó, pero se mantuvo fiel á sus opiniones, contentándose con llamarles *patrioteros* y en la esperanza siempre de que una reacción volvería estos pueblos á manos de su antiguo amo, lo que felizmente no sucedió.

Sus hijos fueron animosos y leales durante el desarrollo de los acontecimientos del nuevo orden de cosas que se fundaba.—Manuel se portó bravamente en *San Lorenzo* y murió á consecuencia de una herida recibida en esa jornada,—el doctor José Miguel y el clérigo don Francisco, como el General, no excusaron jamás los sacrificios que se les exigió en aquella época de prueba para el patriotismo argentino.

En 1819 hemos dicho que desempeñaba la autoridad provincial don Eustoquio, y como el Congreso decretara una contribución forzosa, con el objeto de arbitrar fondos para seguir la guerra, le fué comunicado por el Director Pueyrredón al general Díaz Vélez para que le diera cumplimiento en la parte que le correspondía. Éste, que conocía la fortuna de su padre, no tuvo inconveniente en poner su nombre al frente de la lista, fijándole la suma de diez mil pesos, que, completada con el de otros, de personas de posición y holgura, la devolvió al gobierno nacional.

El doctor Tagle, ministro del Directorio, la aceptó y se empezó el cobro de la cuota que á cada uno de los sindicatos correspondía.

Cuando el anciano Díaz Vélez recibió á los comisionados que se presentaron en su escritorio para recoger la cantidad señalada, tomó la orden y dándose una palmada en la frente, exclamó.—

¡Pobre patria en manos de mi hijo Eustoquio! Y momentos después entregó la suma que se le pedía.

Pasaron algunos años, y don Francisco, que había quedado sin poder vengarse de aquel rasgo de su hijo—dignísimo como patriota—lo hizo por medio de su testamento, en el que declaró *deudores* á los *patriotas* (sus hijos) de los diez mil pesos, mandando que se los reconocieran á favor de sus hermanas: lo que se cumplió, quedando así arreglada una cuenta que era tan honrosa para el hijo como fué espiritual y equitativa la manera como la saldó el padre.

Eran vecinos del departamento de Vinará, en la provincia de Santiago del Estero, durante la dominación de don Juan Felipe Ibarra (1820-51) uno de sus enemigos encubiertos, don José Domingo Iramain, y don N. Maguna, quienes vivían en relación poco amistosa. Este último ventilaba una cuestión con la autoridad á propósito de un campo que poseía, y sobre el que alegaba una propiedad que no se le reconocía. Decidido á sostener sus derechos á la finca, fundada en la ocupación no interrumpida de ella por muchos años, obligó á que el juez de paz pasara una nota al gobernador solicitando una resolución que diera fin á la controversia.

Ibarra la recibió y para expedirse con mas prontitud, de su misma letra puso al pié:—*Tomá cuatro hombres y si se resiste lanzaló.*

No podía ser mas paternal, si bien terminante, la orden del señor de aquella tierra.

El juez, apenas recibió el expediente, como no sabía leer y desconfiando de que lo engañasen, llamó á Iramain para que le hiciese conocer la re-

solución recaída en su reclamo y consultarle los medios de hacerla efectiva.

Iramain era astuto y rencoroso; apenas se dió cuenta de la disposición que llevaba la firma de Ibarra, le indicó al juez legal que le enviase un mensaje verbal á Maguna ordenándole el desalojo, calculando con seguras probabilidades que esa intimación sería desobedecida.

Así sucedió.

Iramain, al leer la resolución del mandatario, habia cambiado el sentido y el texto de la última palabra—*lancealó*—en vez de como estaba redactada.

De aquí el espanto de *Maño* (Manuel Rojas, nombre del juez de paz, y su deseo de consultar nuevamente á Iramain.

Le hizo llamar, pidiéndole le arbitrara un medio de eludir el cumplimiento de tan cruel como injustificada sentencia.

—Debes hacerlo inmediatamente como se te indica, le dijo.

—Pero como voy á lancear á este hombre, que es tan bueno, que puede tener razón, que es mi amigo... si no es posible hacer esa barbaridad, si no veo motivo para que el General haya resuelto la cuestion de ese modo. Sería mejor le consulte otra vez, por si hay error.

—Consultarle al *viejo*? Pero, hombre, te atreverías? No ves que dice que lo *lancees*. No: no debes exponerte á que te lanceen á tí.

En balde fueron las razones que con calor daba el bonachón del juez. Iramain concluyó por persuadirle, pintándole con colores sombríos su desobediencia, y no hubo más remedio. El juez llamó á Maguna y, condolido y hasta con lágrimas, le comunicó que iba á ejecutar la orden de su superior.

Maguna protestó; sostuvo que Ibarra no podía haber resuelto semejante crimen, que él no se resistiría más y entregaría en ese momento la pro-

piedad; clamó, rogó, se deshizo en lamentaciones y llanto; pero ya era tarde, Maño Rojas tenía miedo y no se olvidaba de las prevenciones de Iramain, si le faltaba á Ibarra, y Maguna fué átado á un algarrobo y lanceado sin piedad.

Inmediatamente comunicó el juez al gobernante que su órden estaba cumplida. Ibarra recibió la carta y al indignarse de que no le hubieran comprendido, vió una mano oculta en la consumacion del crimen, porque conocía la ignorancia y bondad de su inferior.

Averiguado el hecho, aquél pidió que se le remitiese á Iramain bien asegurado; pero éste, que no era lerdo y calculaba las consecuencias que resultarían de su arribo á la ciudad, se hizo el loco, y cuando le llamaban respondía: soy *Mingo Main*.

Desempeñó tan bien su nuevo estado, que el gobernante, creyendo que efectivamente había perdido el juicio, le tuvo preso dos años, hasta que le dió libertad, no sin manifestarle que podía dar gracias á la providencia por haberlo salvado.

Rivadavia era un personaje de aspecto severo y de una solemnidad que se revela hasta en sus acciones y escritos. Cuando vino á ocupar la presidencia de la República, quiso cambiar el modo de ser francote y liberal de los gobernados para con sus gobernantes, y alejaba con gravedad á aquellos que se permitían quererlo tratar con confianza.

Iba una vez á caballo por la actual avenida Montes de Oca, cuando pasó cerca de él un condiscípulo (Ballester, el fundador de la Paz, en Lomas de Zamora) y, al saludarlo, le dijo:—*Adios, Bernardino*. Rivadavia detuvo su corcel. El edecán, que venía á cierta distancia, galopó y le preguntó si algo se le ocurría.—Vaya Vd., le dijo, alcance á ese señor y dígame que yo no soy Bernardino, sino el presidente de la República.

Cuando el edecán volvió á comunicar la advertencia al condiscípulo, éste, sorprendido, balbuceó:

—*Este Bernardino está loco!*

El general Matías Irigoyen es un personaje de nuestra revolución, que si bien no prestó servicios militares, los hizo de importancia desde su comienzo. La Junta le envió de comisionado á Europa en 1810 y posteriormente entre otras funciones públicas, desempeñó el ministerio de guerra durante el directorio de Pueyrredón, en los días gloriosos de 1816 al 19.

Pocas noticias se conservan sobre su persona, no obstante que es de notarse fué el único argentino que estuvo en el combate de *Trafalgar*, como oficial de la marina española y que murió el 1839.

Debió ser un hombre muy original, y le caracteriza de culto y hasta melífluo, la manera de expresarse de que dan idea las palabras que pronunció en la ocasión siguiente:

En los primeros tiempos de la época de Rosas se dió un baile en casa de don Carlos Lamarca (esquina Chacabuco y Alsina). El general Lucio Mansilla, que era un tertuliano ameno, siempre dispuesto á animar los salones que frecuentaba, quería formar una *contradanza* y, como le faltara una pareja, se empeñó con uno de los asistentes

para que tomase parte en ella, á fin de no demorarla. A las negativas que éste opuso, el General, algo fastidiado, alzó la voz y con ese motivo hubo cambio de palabras, en el que no eran las mas amables las del vencedor del *Ombú*.

El general Irigoyen que había quedado en el patio, por tener la cara atada con un pañuelo, al sentir movimiento en la sala entró y, acercándose al General, le dijo: «Si la excelencia del dolor que me atosiga el diente jefe, no me hubiera impedido ceder al llamamiento de la amistad, yo hubiera volado á los primeros asomos del tumulto, y le hubiera sacado de la singular aberración en que se había colocado, compañero».

Esta original advertencia dicha con gravedad y mesura, apagó el conflicto, pues por no reírse unos que fuera falta de respeto, ó porque no lo entendiesen otros, todos guardaron silencio y se fueron retirando poco á poco, dirigiendo la atención á otros puntos, á fin de salir de la embarazosa situación en que estaban.

Durante los primeros años de este siglo, era vecino de la ciudad de Buenos Aires, D. Jerónimo Mundo, un criollo que vivía en la calle Independencia á la altura de Piedras, donde poseía una posada que más de una vez sirvió de albergue á los malhechores y en la que hacía buena recogida el famoso preboste de la Hermandad José de Alcaraz, autoridad policial que tenía grandes atribuciones judiciales y que cumplía su deber con energía y honradez.

Poco tiempo después de abrirse el Cementerio del Norte, que fué en 1822, Mundo sufrió un ataque de catalepsia y como lo dieran por muerto, se llevó un carro á la puerta de su casa, y así no más, sin cajón, ni otra ceremonia, colocaron su cuerpo en

aquel, destinándolo á ser sepultado bajo algunos piés de tierra en la Recoleta.

El trasporte fúnebre de entónces consistía en un carrito tirado á la cincha por un jinete, igual á los que se ven hoy en el Rosario.

Ya en viaje y cuando se había apartado una regular distancia del vehículo ó porque el síncope pasara, se sentó y con mucha calma dijo al conductor:

—Paisano, adónde me lleva?

Es de calcular la sorpresa y el horror que éste sentiría al ser interpelado por el muerto. Se bajó de un salto y echó á disparar.

Mundo, ignorante de los motivos de su viaje, descendió tranquilamente y ocupó el sitio del cartero, dando vuelta para su casa.

No era para contar la estupefacción de los suyos y de los vecinos cuando le vieron llegar y mayor aun la de él, al saber el trance porque había pasado, salvando por minutos de quedar enterrado vivo.

Mundo continuó su existencia con el apodo del *resucitado* y á su fallecimiento, algunos años después, más de uno esperó que el milagro volvería á repetirse, pero fué en vano, porque la segunda ya era la cierta.





El bastón de Belgrano

La batalla de *Salta* tuvo lugar el 20 de febrero de 1813 y dos días después, el gobierno, en el deseo de solemnizar el triunfo de las armas patriotas, se dirigió al Cabildo para que realizara algunas fiestas por tan plausible acontecimiento. Este, por su parte, en la sesión del 10 de marzo, acordó obsequiar con un bastón al ilustre vencedor, según acta que dice así:

«En la muy noble y muy leal ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Santa María de Buenos Aires, á diez de marzo de mil ochocientos trece, estando juntos y congregados en la sala de sus acuerdos los s. s. del excmo. ayuntamiento, á saber: Don Joaquín Belgrano y don Agustín Wright alcaldes de primero y segundo voto y regidores don Fermín Tocornal, don Mariano Conde, don Pedro Lezica, don José Ignacio la Rosa, don José María Riera, don Juan de Bernabé y Madero, don Luis María Posadas y don José Agustín Aguirre, con asistencia del caballero síndico procurador general doctor don Felipe Arana:

Trataron los s. s. sobre que parecía de indispensable necesidad felicitar y hacer alguna demos-

tración, por parte de esta ciudad, al general del ejército auxiliar del Perú D. Manuel Belgrano, en justo reconocimiento al memorable triunfo, que bajo su dirección han conseguido las armas de la patria contra las del despostismo y tiranía en la ciudad de Salta, el veinte de febrero último, cuya acción, debida á su entusiasmo, valor y sabias disposiciones, ha dado un día completo de gloria á la patria, afianzándose con ella el gran sistema de nuestra libertad é independencia civil. Y, en vista de todo, acordaron se le dirija hoy por el correo un oficio gratulatorio á nombre de la ciudad de Buenos Aires, de donde es oriundo, y determinaron se le disponga un obsequio de un bastón, cual corresponde por la naturaleza del asunto para remitirlo en primera oportunidad á nombre de la patria; comisionaron al señor don Juan de Bernabé y Madero para que prepare el bastón, á fin de que cuanto antes se pueda remitir el obsequio, debiendo proceder á todo, el que se ocurra al supremo poder ejecutivo por el competente superior permiso.»

El General se encontraba entonces en Jujuy y contestó dicho oficio, con fecha 31 de Mayo de 1813:

»El honor que V. E. me dispensa en su oficio del diez del corriente, es para mí una de las mayores satisfacciones que pueden llenar mi corazón de regocijo, cuando por órgano de su respetable cuerpo creo oír la voz de la inmortal Buenos Aires, de ese pueblo filósofo, del que tengo la gloria de ser hijo, que después de haber sido el primero que proclamó el gran sistema de nuestra libertad, ha dado el discurso de nuestra sabiduría y valor. Conozco que mi mérito es ninguno para la atención con que V. E. me favorece; la victoria del 20 del próximo pasado no es debida á mí, sino á la protección visible del cielo y al imponderable valor de mis compañeros de armas; y así no pudiendo hacer V. E. una viva demostración de mi gratitud

me contentaré tan solamente con manifestarle mi respeto, asegurándole que mis esfuerzos por la libertad de la patria no tendrán fin, y que si el éxito llenase la medida de mis deseos, las Provincias Unidas del Río de la Plata entonarán muy pronto el himno de la libertad.—Dios guarde á V. E. muchos años—Exmo. señor—*Manuel Belgrano*.—Exmo. Cabildo, justicia y regimiento de la capital de Buenos Aires.»

En la sesión del 23 de setiembre, el cabildante don Juan de Bernabé y Madero presentó la cuenta del importe del bastón, que ascendía á 642 pesos, y el cual había sido ya remitido.

El vencedor de Salta se encontraba al recibirlo, entre dos desastres.—*Vilcapugio* que debió quebrar su ánimo, y quince días después de la nota contestación (que por primera vez publicamos) *Ayounma* que le quitaría hasta la esperanza de una reacción favorable.

El bastón con que le obsequiara su ciudad natal, le encontraba vencido y sin embargo su amor á la libertad, su patriotismo, no le permitió la debilidad de manifestarlo:

«Exmo. señor:

En otras circunstancias hubiera venido mejor el bastón con que V. E. se ha empeñado en distinguirme; pero aseguro á V. E. que mediante Dios, y mi generala María Santísima de Mercedes, me empeñaré en sostenerlo hasta los últimos instantes de mi vida, por V. E., por todos los pueblos de las Provincias Unidas, y demás que se nos van agregando como Arica y Tacna, á quienes no dudo seguirán otros muchos que ansían por la libertad é independencia.

Mi madre Buenos Aires, á quien V. E. representa, nada tiene que agradecerme; pues hasta ahora no he hecho más que cumplir con las obligaciones que Dios y la Naturaleza me impusieron; sus obsequios, sus favores, no los merezco; lo conozco; pero si cabe, aumentarán mi anhelo, mi trabajo constante y todos los esfuerzos de que es capaz el hombre entregado todo, todo, al servicio de su patria, y que no tiene otro ningún objeto que lo ocupe.

Reciba V. E. la más cordial gratitud con que únicamente puedo corresponder á la distinción que me dispensa, y tenga la bondad de creer que soy un verdadero hijo de la América, que ansía por ver consolidada su libertad é independencia y asegurar la magestad de los pueblos de un modo permanente.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general en marcha, 29 de octubre de 1813.—MANUEL BELGRANO.—Exmo. cabildo, justicia y regimiento de Buenos Aires.»

El bastón, que por algún tiempo estuvo en poder del señor general Mitre, por obsequio de la familia, se conserva hoy en manos de uno de los señores Chas, quien, como es de creerse, no tendrá inconveniente en depositarlo, día más ó menos, en el «Museo histórico nacional», cerca del retrato y otros objetos que pertenecieron al ilustre argentino, cuya estatua se levanta en la plaza de Mayo.

En la misma sesión del diez de marzo de 1813 que tuvo el cabildo de Buenos Aires, para acordar el obsequio de un bastón al general Belgrano,

como justo reconocimiento por la memorable batalla de *Salta*, se dispuso que también se le enviaran un par de pistolas, encargando al cabildante don José Agustín Aguirre para que las mandara hacer.

En acuerdo del 9 de agosto, trataron nuevamente el asunto, «sobre que era preciso aprestar ya las pistolas con que se ha de obsequiar al general del ejército del Perú don Manuel Belgrano; y habiendo expuesto en el acto el señor regidor comisionado Aguirre que en esta ciudad no hay cosa de provecho en que poder gastar el dinero, y que podría hacerlas venir tales cuales correspondían al obsequio de un General, en todo este año, siempre que se le franqueen para ello cuatrocientos pesos con la calidad de asegurarlos tanto en ida como en vuelta, del encargo; acordaron se le entreguen los cuatrocientos pesos, pasándose la correspondiente orden al tesorero de propios por dos de los señores capitulares, con intervención de la contaduría y facultaron á dicho señor Aguirre para que instruya al sujeto á quien se haga el encargo, que por cien pesos más no deje de remitir una cosa brillante, en el concepto de que el Cabildo hará siempre el respectivo abono».

Un año pasó desde este acuerdo, hasta que pudiera llegar el obsequio á manos del general Belgrano.

Para esta época el vencedor de *Salta* estaba en esta ciudad, separado del ejército y en desgracia, con motivo de las derrotas de *Vilcapugio* y *Ayouna*, cuya situación terminó felizmente sobreyéndose en el proceso y permitiéndole que viniese á residir en su quinta de San Isidro.

Allí se encontraba cuando fué á llevarle las pistolas el regidor don Francisco Muñoz, diputado especialmente á ese objeto. Al mismo tiempo que conducía este oficio:

«En justo reconocimiento del memorable triunfo que bajo la dirección, valor y sabias disposiciones

de V. S. alcanzaron las armas de la patria contra las del despotismo y tiranía en la ciudad de Salta el 20 de febrero de 1813, determinó el Exmo. Cabildo hacerle el obsequio de las pistolas que remito de su orden con el ciudadano Francisco Joaquín Muñoz.

«La pequeñez de esta demostración no corresponde, seguramente, á los distinguidos servicios con que supo afianzar el gran sistema de nuestra libertad é independencia, ni á los deseos del cuerpo municipal á que trata de corresponder. Con este convencimiento dignese V. S. sólo aceptarlas, guardándolas como una ofrenda de un padre para con un hijo amado tiernamente.—Dios guarde á V. S. —*Juan de Alagón*—Agosto 23 de 1814—Señor brigadier general D. Manuel Belgrano.»

El ilustre argentino que veía rendírsele ese homenaje por un Cabildo cuya composición era diversa de cuando se le decretó el honor y que, sin embargo, lo cumplía, conociendo que ni los contrastes, ni las faltas de que podían acusársele sombreaban su gran corazón y su nunca desmentido patriotismo, contestó en estos términos:

«Conozco que el Exmo. Cabildo me ha mirado siempre como á un hijo predilecto, distinguiéndome en todas circunstancias y con demostraciones á que alguna vez hubiera querido ser digno de ellas, las que al presente me dispensa de las pistolas que V. E. tiene la bondad de remitirme con el señor don Francisco Joaquín Muñoz, quien hoy ha puesto en mis manos, entregándome con el oficio de 23 del corriente otra garantía más de la predilección que reconozco, excita los sentimientos de gratitud que conservo á V. E. y me da la agradable ocasión de pedir á V. E. se sirva manifestarle que procuraré por todos los medios que estén á mi alcance no desmentir el dulce nombre de hijo que le merezco. Dios guarde á V. E. muchos años —*Manuel Belgrano*.—Costa de San Isidro,—Señor alcalde de primer voto.»

Tres meses después, en el acuerdo del 26 de noviembre «se leyó un oficio de don Manuel Hermenegildo de Aguirre, fecha 23 del corriente, á «que acompaña la cuenta del costo del par de pistolas que se le encargaron á Londres por su finado «hermano don José, de orden del Ayuntamiento «para el señor general Belgrano, importan seiscientos treinta y siete pesos siete reales, de que «aún se le restan doscientos veinte y seis pesos, «uno y medio real, cuyo abono solicita.»

Se dió vista al síndico y de conformidad con ella y lo informado por la contaduría «en que convienen ambos en el arreglo de la cuenta y justicia del pago reclamado», se ordenó en sesión de 28 de diciembre que se satisficiera con las formalidades de estilo.

¿Qué se hicieron esas pistolas? Inútiles han sido nuestras investigaciones para saber si existen, y no hemos encontrado ningún documento ni tradición sobre el destino que llevaron.

Sin embargo, en el «Museo histórico nacional» hay una, donada por el Dr. Estanislao S. Zeballos, que, si no es de las obsequiadas por el Cabildo, manifiesta, por lo menos, que fué un regalo al noble general—es de chispa, fabricada en Londres y en el caño tiene grabada en letras de oro—*General Manuel Belgrano*.

¿Será una de ellas?

Es posible que más tarde pueda comprobarse su origen, y entonces aumentará la estimación á que es acreedora esa pieza histórica.





Una broma pesada

Atendían el despacho de las oficinas de Rosas, en Palermo, entre otros, Mariano Beascochea, Luis Fontana y Manuel Plot.

Eran jóvenes y de buen humor, gozaban de la confianza del tirano y eran apreciados en esta sociedad, donde se les respetó posteriormente.

Nunca les faltó algún entretenimiento para aliviar las sendas horas que se pasaban esperando los expedientes que debían poner en estado de ser revisados ó concluidos por el *ilustre restaurador*.

Como sabían que las órdenes del mandatario se cumplían sin observación ni réplica, ejecutándolas inmediatamente de comunicarse, Beascochea ideó una magnífica broma, la que, aunque pesada y que pudo ser de dolorosas consecuencias, es digna de ser conocida por nuestros lectores.

— —

Plot había pedido licencia por quince días para contraer matrimonio y se hallaba ausente, por ese motivo, cuando cayó en manos de su compañero Beascochea un expediente de dos páginas, cuyo

último informe—que probablemente contenía algunos errores—era de la letra de aquél y á cuyo pie Rosas, de su puño y letra, había escrito: *Previa amonestación al empleado fustlesele.*

Se trataba del reo á que se referían los antecedentes; pero, como el tirano se había olvidado la coma, Beascochea, si bien al principio se sorprendió, después que registró el expediente comprendió que la última parte no rozaba con Plot, solo designado para la censura, y, con la viveza que le caracterizaba, se le ocurrió jugarle una mala pasada al compañero de tareas.

Habló con Fontana y ambos de acuerdo vieron á D. Antonino Reyes, quien aceptó la broma, disponiéndose á contribuir al susto que debían dar.



Plot gozaba de las delicias de la luna de miel cuando se presentó en su casa un mensajero de Palermo, con un encargo de que se presentase inmediatamente por orden superior.

Se dispuso á marchar y despidiéndose de su esposa por un corto tiempo voló á la mansión del tirano.

Apenas llegó, Reyes le manifestó que debía aislarse en un pequeño rancho, como á una cuadra de la casa principal, y no moverse de allí hasta nueva resolución.

En balde quiso saber Plot de qué se trataba, pues se reputaba inocente. Reyes guardó silencio, no sin protestarle que buscaría medio de que se arreglase el asunto, que ignoraba cuál fuera.

Anocheecía cuando los tres conjurados se pusieron de acuerdo para realizar sus deseos.

Fontana fué el comisionado para acercarse al presunto reo, mientras los otros espiarían las emociones que iba á pasar.

Plot estaba meditando en el rancho, que alumbraba una vela.

Entró Fontana con aire compungido y acercándose le dijo: «Compañero, tengo una triste comisión que desempeñar. ¿Es tuya esta letra?»

Plot, cuya vista se había nublado por efecto del susto, apenas balbuceó un sí, en momentos en que pretendía prender un cigarro en la vela, lo que no conseguía por el temblor que le ocasionaba el miedo.

—Bueno, puedes imponerte de la resolución del Gobernador, que nos ha dejado estupefactos.

Y Plot, conmovido, enceguecido, apenas pudo cerciorarse del *fusilesele*, sentencia formidable, que no comprendía, ni le daba lugar á reflexión bajo las impresiones que le avasallaban.

Era tal el susto y tan angustiada la cara que ponía, que los que espían soltaron la carcajada, casi al tiempo en que Plot estallaba en llanto.

Tuvieron que penetrar y entre los tres afanarse por demostrarle que era una broma, lo que aquél no oía entre sus lágrimas y con el pensamiento en su esposa, á la que creía no ver más, recordando quizá que años antes el coronel Ramón Maza había sido fusilado á los 21 días de su matrimonio, por orden del hombre cuya firma estaba al pie de la bárbara sentencia.

Por fin consiguieron calmarlo para que recobrase la salud, fuertemente sacudida en tan breves horas. Reyes le amplió la licencia, mediante lo cual Plot se restableció y pudo volver á las tareas de la oficina, conservando la misma amistad con sus compañeros.



LAS GRANDES NOVELAS DEL DÍA

JORGE OHNET — Negro y rosa...

- El Doctor Rameau.....
- La Condesa Sara.....
- El Gran Margal.....
- El Dueño de las herrerías.
- Sergio Panine.....
- Voluntad.....
- Ultimo amor.....
- El Alma de Pedro.....
- Las Señoras de Croix-Mort
- Deuda de odio.....
- Nemrod y Cia.....
- Meliquias de amor.....
- **ELOT** — La culebra...
- La hija del banquero....
- Loca de amor.....
- Amor de Condesa.....

G. BLANCO — Salvaje.....

E. ORTEGA — Los casamientos del Diablo

A. DUMAS — La dama de las Camelias

A. PRÉVOST — Manon Lescaut....

X. DE MONTÉPIN — El Idiota....

- Genoveva Galliot.....
- El Bígamo

X. DE MONTÉPIN — La Sirena..

- La herencia de los millones
- La vida color de rosa.. }
- Las pecadoras..... }
- Los maridos de Valentina }
- La viuda del cajero... }
- El crimen del teniente.. }
- El hijo adoptivo..... }
- Blanca de Presles..... }
- El Consejo de los Doce }
- Perdita..... }
- Cortesana y Duquesa.. }
- La mujer del Payaso... }
- Perina Rosier..... }
- El ventrílocuo..... }
- La mujer del Prusiano.. }
- El marido y el amante.. }
- Un capitán de Húsares. }
- El secreto de la Condesa }
- La muerte en vida... }
- Maria de Rahon..... }
- Celestina..... }
- La Señorita Andrea... }
- El gran premio..... }
- Maria-Juana..... }
- Adriano Couvreur.... }

—❖ EN P R E N S A ❖—

- X. DE MONTÉPIN — La hada de los sauces..... }
- Pascual Saunier..... }
- El testamento rojo..... }